

JEAN-PAUL SARTRE

LEER

En Alsacia, hacia 1850, un institutor lleno de hijos tuvo que convertirse en tendero. Puesto que él renunciaba a formar los espíritus, uno de sus hijos formaría las almas; habría pues un pastor en la familia: Charles. Pero Charles se escabulló, prefirió correr los caminos en busca de una amazona. Su retrato fue volteado contra la pared y se prohibió pronunciar su nombre. ¿A quién le tocaba el turno? A Augusto, pero éste se apresuró a imitar el sacrificio paterno: entró en el negocio y le gustó. Quedaba Luis, que no tenía ninguna disposición especial: el padre se apoderó de este muchacho apacible e hizo de él un pastor en un abrir y cerrar de ojos. Luis llevó más tarde la obediencia hasta el punto de engendrar a su vez otro pastor, Albert Schweitzer, cuya carrera es conocida. Charles, sin embargo, no encontró su amazona; el noble gesto del padre lo había marcado: durante toda la vida conservó el gusto por lo sublime, dedicándose a fabricar grandes situaciones con pequeños acontecimientos. Como se ve, no pensaba eludir la vocación de la familia: deseaba consagrarse a una forma atenuada de espiritualidad, a un tipo de sacerdocio que no le prohibiera las amazonas. La solución fue el profesorado: Charles optó por enseñar alemán. Hizo una tesis sobre Hans Sachs, se decidió por el método directo, que pretendió más tarde haber inventado, publicó

en colaboración con M. Simonnot un *Deutsches Lesebuch*, bien acogido, e hizo una carrera rápida: Mâcon, Lyon, París. En París, en la distribución de premios, pronunció un discurso que obtuvo los honores de una publicación en separata: “Señor Ministro, Señoras, Señores, queridos niños: No os imagináis de qué voy a hablaros. ¡De música!”. Sobresalía haciendo versos de circunstancia. En las reuniones de familia solía decir: “Luis es el más piadoso, Augusto el más rico, y yo el más inteligente”. Los hermanos reían, las cuñadas fruncían el ceño. En Mâcon, Charles Schweitzer se había casado con Louise Guillemin, hija de un procurador católico. Louise recordaba con odio su viaje de bodas: él la había levantado de su asiento sin terminar de comer y la había metido en un vagón de tren. A los setenta años Louise todavía hablaba de la ensalada de puerros que les habían servido en un comedor de estación: “Cogió todo lo blanco para él y me dejó lo verde”. Estuvieron quince días en Alsacia sin pararse de la mesa; los hermanos se contaban en dialecto historias escatológicas; de vez en cuando, el pastor, por caridad cristiana, se volvía hacia Louise y le traducía. Ella no tardó en conseguir certificados que la dispensaban del comercio conyugal y la autorizaban a tener su propio cuarto. Hablaba de sus jaquecas, se acostumbró a quedarse en la cama, comenzó a detestar el ruido, la pasión, los entusiasmos, todo lo que le recordara la rudeza y la teatralidad de los Schweitzer. Esta mujer viva y maliciosa, pero fría, pensaba rectamente y mal porque su marido pensaba bien y torcidamente; como él era mentiroso

NOTA. Este texto corresponde a la primera parte de *Las palabras*. Es una traducción de Mario Arrubla publicada en la revista *Estrategia* (noviembre de 1963 y enero de 1964). Véase “Del Editor” al comienzo de este número de *Al Margen*.

y crédulo, ella dudaba de todo: “Dicen que la tierra gira; ¡qué saben ellos!” Rodeada de comediantes virtuosos, les había tomado ojeriza a la comedia y la virtud. Esta fina realista, extraviada en medio de una familia de espiritualistas vulgares, se volvió volteriana por desafío, sin haber leído a Voltaire. Graciosa y rellena, cínica y jovial, se convirtió en la negación pura; con un simple pestañeo, con una sonrisa imperceptible reducía a polvo todas las grandes actitudes, para sí misma y sin que nadie lo advirtiera. Su orgullo negativo y su egoísmo hostil la devoraron. No veía a nadie, tenía demasiado orgullo para competir por el primer lugar y demasiada vanidad para contentarse con el segundo. “Aprended a dejaros desear”, decía. La desearon mucho, después cada vez menos y, a falta de verla, terminaron olvidándola. Al fin, ya no abandonaba su lecho o su poltrona. Naturalistas y puritanos —esa combinación de virtudes es menos rara de lo que se cree—, los Schweitzer gustaban de las palabras crudas que, a la vez que rebajaban el cuerpo de manera muy cristiana, manifestaban su amplio consentimiento en relación con las funciones naturales; Louise en cambio amaba las palabras veladas. Leía muchas novelas ligeras en las que, menos que la intriga, apreciaba los velos transparentes. “Atrevido, bien escrito”, decía con tono delicado. “¡Deslizaos, mortales; no os apoyéis!” Esta mujer fría se moría de risa leyendo *La fille de feu* de Adolphe Belot. Le gustaba contar historias de noches de bodas que acababan mal: ora el marido, en su prisa brutal, le rompía el cuello a la mujer contra el larguero de la cama; ora la joven desposada aparecía

la mañana siguiente refugiada sobre un armario, desnuda y loca. Louise vivía en la penumbra; Charles entraba en el cuarto, corría las persianas, prendía todas las lámparas, ella gemía cubriéndose los ojos: “¡Charles, me ciegas!” Pero sus resistencias no pasaban los límites de una oposición constitucional: Charles le producía temor, una gran irritación, y a veces también sentimientos amistosos, siempre que no la tocara. Ella le cedía en todo cuando él empezaba a gritar. Charles le hizo cuatro hijos por sorpresa: una niña que murió muy pronto, dos muchachos, otra niña. Por indiferencia o por respeto, Charles permitió que los educaran en la religión católica. Aunque incrédula, Louise los volvió creyentes por rechazo al protestantismo. Los dos muchachos tomaron el partido de la madre; ella los alejó poco a poco de ese padre voluminoso; Charles ni se dio cuenta. El mayor, Georges, entró al Politécnico; el segundo, Emile, se hizo profesor de alemán. Éste no deja de intrigarme: sé que permaneció soltero pero que imitaba en todo a su padre, aunque no lo quería. Padre e hijo terminaron peleándose; hubo reconciliaciones memorables. Emile ocultaba su vida; adoraba a su madre y, hasta el final, mantuvo la costumbre de hacerle visitas clandestinas sin avisarle; la cubría de besos y de caricias y después se ponía a hablar del padre, al principio irónicamente y después con rabia, y al final se marchaba dando un portazo. Ella lo quería, me parece, pero le tenía miedo: esos dos hombres rudos y difíciles la fatigaban, ella prefería a Georges, que no iba a nunca. Emile murió en 1927, desquiciado por la soledad; debajo de su

almohada encontraron un revólver, en sus baúles veinte pares de zapatos viejos y cien pares de medias agujereadas.

Anne-Marie, la hija menor, pasó la infancia en una silla. Le enseñaron a aburrirse, a mantenerse derecha, a coser. Tenía dotes: se consideró distinguido cultivárselas; tenía brillo: se tuvo cuidado de ocultárselo. Esos burgueses modestos y orgullosos creían que la belleza estaba por encima de sus medios o por debajo de su condición; sólo la aceptaban en las marquesas y en las putas. Louise tenía el más severo de los orgullos: por temor a engañarse negaba en sus hijos, en su marido, en sí misma las cualidades más evidentes; Charles, por su parte, no sabía reconocer la belleza en los otros, la confundía con la salud: desde la enfermedad de su mujer se consolaba con idealistas robustas, bigotudas y sonrosadas, rebosantes de salud. Cincuenta años después, hojeando un álbum de familia, Anne-Marie se dio cuenta de que había sido bella.

Más o menos por la época en que Charles conoció a Louise Guillemín, un médico rural se casó con la hija de un rico propietario del Perigord y se instaló con ella en la triste calle mayor de Thiviers, al frente del farmaceuta. Poco después descubrió que el suegro no tenía un centavo. Lleno de ira, el doctor Sartre estuvo cuarenta años sin dirigirle la palabra a su mujer; en la mesa se comunicaban por signos, y ella terminó por llamarlo "mi pensionista". Sin embargo, él compartía su lecho y, de tanto en tanto, sin pronunciar palabra, la dejaba encinta: ella le dio dos hijos y una hija; esos hijos del silencio se llamaron Jean-Baptiste, Joseph y Hélène. Hélène

se casó con un oficial de caballería que se enloqueció; Joseph prestó servicio militar en la infantería de Argelia y se retiró pronto, a vivir con sus padres. No tenía ningún oficio: en medio del silencio del uno y de los chillidos de la otra se volvió tartamudo y se pasó la vida luchando con las palabras. Jean-Baptiste ingresó en la Escuela Naval para conocer el mar. En 1904, en Cherburgo, siendo oficial de marina y sufriendo ya las fiebres de Cochinchina, conoció a Anne-Marie Schweitzer, se apoderó de esa muchachota desamparada, se casó con ella, le hizo un hijo al galope y se refugió en la muerte. Ese hijo soy yo.

Morir no es fácil: la fiebre intestinal subía lentamente, se producían recuperaciones. Anne-Marie lo cuidaba con abnegación, pero sin llevar la indecencia hasta el punto de amarlo. Louise la había prevenido contra la vida conyugal: tras las bodas de sangre, era una serie infinita de sacrificios puntuada por trivialidades nocturnas. Siguiendo el ejemplo de su madre, mi madre prefirió el deber al placer. No había conocido mucho a mi padre, ni antes ni después de la boda; a veces debía de preguntarse por qué este extraño había venido a morir en sus brazos. Lo llevaron a una alquería que estaba a unas leguas de Thiviers; su padre venía a visitarlo todos los días en un carricoche. Los desvelos y preocupaciones agotaron a Anne-Marie, se le secó la leche, a mí me confiaron a una nodriza no lejos de allí, y me eché a morir también: de enteritis y tal vez de resentimiento. A los veinte años, sin experiencia ni consejos, mi madre se debatía entre dos moribundos desconocidos; su matrimonio de

conveniencia revelaba su verdad en la enfermedad y el duelo. Yo me beneficié de la situación: en esa época, las madres alimentaban ellas mismas a sus hijos durante largo tiempo; sin la ventura de esa doble agonía, yo habría sido expuesto a los problemas de un destete tardío. Enfermo, forzosamente destetado a los nueve meses, la fiebre y el atontamiento me impidieron sentir el último tijeretazo que cortó los lazos entre la madre y el hijo; me hundí en un mundo confuso, poblado de alucinaciones simples y de ídolos caídos. Cuando murió mi padre, Anne-Marie y yo nos despertamos de una pesadilla común; me curé. Pero éramos víctimas de un malentendido: ella volvía a encontrar con amor un hijo al que nunca había dejado realmente; yo recobraba la conciencia en el regazo de una extraña.

Sin dinero y sin una profesión, Anne-Marie decidió volver a vivir con sus padres. La muerte impertinente de mi padre había disgustado a los Schweitzer: se parecía demasiado a un repudio. Por no haberla previsto ni evitado, mi madre fue considerada culpable: de manera atolondrada, se había casado con un tipo inútil. Todos, empero, se comportaron perfectamente con la alta Ariana que regresaba a Meudon con un niño en sus brazos: mi abuelo, que ya se había retirado, regresó al servicio sin una palabra de protesta; mi abuela disimuló discretamente su sensación de triunfo. Anne-Marie, cohibida por el agradecimiento, adivinaba el reproche bajo las buenas formas: las familias, por supuesto, prefieren las viudas a las madres solteras, pero la diferencia no es mucha. Para hacerse perdonar,

Anne-Marie trabajaba sin descanso; se hizo cargo de la casa de sus padres, en Meudon y más tarde en París, se convirtió en ama de llaves, enfermera, mayordomo, dama de compañía, criada, sin lograr aplacar por completo la irritación de su madre. A Louise le molestaba hacer la lista de compras cada mañana y las cuentas cada noche, pero no soportaba que alguien la reemplazara en esas tareas; si la descargaban de esas obligaciones, se irritaba por la pérdida de sus prerrogativas. Esta mujer envejecida y cínica no tenía sino una ilusión: se creía indispensable. La ilusión se esfumó: Louise se puso celosa con su hija. Pobre Anne-Marie: si se hubiera mostrado pasiva, se la habría acusado de ser una carga; activa, se pensaba que quería adueñarse de la casa. Para evitar lo primero necesitó todo su coraje, para negar lo segundo, toda su humildad. En poco tiempo la joven viuda se convirtió en una menor: se la trataba como a una doncella mancillada. No le negaban la plata de bolsillo: olvidaban dársela; usaba su ropa hasta que estaba raída, sin que mi abuelo acatara renovársela. Casi no la dejaban salir sola. Cuando era invitada a comer por sus amigas, generalmente casadas, tenía que pedir permiso con varios días de anticipación y prometer que la traerían de regreso antes de las diez. En mitad de la comida, el huésped tenía que dejar la mesa para traerla de regreso. Mi abuelo, entre tanto, se paseaba en pijama en su dormitorio, reloj en mano. Cuando daban las diez, echaba pestes. Las invitaciones se hicieron cada vez más raras y mi madre perdió el gusto por esos placeres que resultaban tan costosos.

La muerte de Jean-Baptiste fue el gran acontecimiento de mi vida: a mi madre le devolvió sus cadenas y a mí me dio la libertad.

No hay padre bueno, esa es la regla. Los hombres no tienen la culpa de ello, sino el lazo de paternidad, que está podrido. Hacer niños es un placer, pero *tenerlos* es una iniquidad. Si mi padre hubiera vivido, se habría echado sobre mí con todo su peso y me habría aplastado. Afortunadamente, murió cuando yo acababa de nacer. En medio de los Eneas que llevan a cuestas a sus Anquises, paso de una orilla a otra, detestando a esos progenitores invisibles que van a caballo sobre sus hijos durante toda la vida; he dejado detrás de mí un joven difunto que no tuvo tiempo de ser mi padre y que, hoy por hoy, podría ser mi hijo. ¿Fue para bien o para mal? No sé; pero suscribo con gusto el veredicto de un eminente psicoanalista: yo no tengo superyó.

No basta con morir; es preciso morir a tiempo. Más tarde, yo me hubiera sentido culpable; un huérfano consciente se culpa a sí mismo: ofuscados por él, sus padres se han retirado a sus aposentos celestiales. Yo, en cambio, estaba exultante: mi triste condición imponía respeto, fundaba mi importancia; mi duelo formaba parte de mis virtudes. Mi padre había tenido la cortesía de morir culpable: mi abuelo repetía que le había sacado el cuerpo a sus obligaciones; lógicamente orgulloso de la longevidad de los Schweitzer, mi abuelo no aceptaba que nadie desapareciera a los treinta años; a la luz de esa muerte sospechosa, llegó a dudar de que su

yerno hubiera existido realmente, y al final lo olvidó. Yo ni siquiera tuve que olvidarlo: escurriéndose a la francesa*, Jean-Baptiste me negó el placer de conocerlo. Todavía hoy me asombro de lo poco que sé de él. Amó, sin embargo; quiso vivir, murió; eso basta para ser un hombre completo. Pero nadie en mi familia despertó mi curiosidad hacia ese hombre. Durante muchos años pude ver, en la cabecera de mi lecho, el retrato de un joven oficial de ojos cándidos, de cabeza redonda y cabellos ralos, con grandes bigotes; cuando mi madre se volvió a casar, el retrato desapareció. Más tarde heredé los libros que habían sido suyos: una obra de Le Dantec sobre el porvenir de la ciencia, otra de Weber titulada *Hacia el positivismo a través del idealismo absoluto*. Tenía malas lecturas, como todos sus contemporáneos. En los márgenes encontré anotaciones indescifrables, signos muertos de una lucecita que estuvo viva y danzante por la época de mi nacimiento. Vendí los libros: ese difunto no tenía nada que ver conmigo. Lo conocía de oídas, como a la Máscara de Hierro o al Caballero de Eón, y lo que sé de él no se relaciona conmigo: si me amó, si me tuvo en sus brazos, si alguna vez volvió hacia su hijo sus ojos claros, hoy comidos por los gusanos, nadie se acuerda: son penas de amor perdidas. Ese padre no es ni siquiera una sombra, ni siquiera una mirada: él y yo hemos pisado por algún tiempo la misma tierra, eso es todo. Más bien que el hijo de un muerto, se me hizo creer que yo era el hijo del milagro.

* Sartre dice "escurriéndose a la inglesa". N. del T.

De allí proviene, sin duda, mi increíble ligereza. No soy un jefe ni aspiro a serlo. Ordenar, obedecer, es la misma cosa. El más autoritario manda en nombre de otro, de un parásito sagrado –su padre–, transmite las violencias abstractas que él mismo ha sufrido. En toda mi vida no he podido dar una orden sin reírme, sin causar risa; es que no he sido roído por el chancro del poder: no me enseñaron a obedecer.

¿A quién iba yo a obedecer? Me señalan una joven gigante y me dicen que es mi madre. Por mí, la tomaría más bien por una hermana mayor. Puedo ver que esa virgen en residencia vigilada, sometida a todos, está allí para servirme. Yo la amo: pero ¿cómo podría respetarla si nadie la respeta? Hay tres cuartos en la casa: el de mi abuelo, el de mi abuela y el de los “niños”. Los “niños” somos mi madre y yo: igualmente menores e igualmente mantenidos. Pero todas las consideraciones son para mí. En *mi* cuarto han puesto una cama para una joven. La joven duerme sola y se despierta castamente; yo todavía estoy dormido cuando ella va bañarse y regresa vestida: ¿cómo pude nacer de ella? Me cuenta sus desgracias y yo la escucho compadecido: cuando sea mayor me casaré con ella para protegerla. Se lo prometo: tenderé mi mano hacia ella, pondré mi joven importancia a su servicio. ¿Se le ocurre a alguien que voy a obedecerle? Yo tengo la bondad de atender sus ruegos. Por lo demás, ella no me da órdenes: insinúa con palabras suaves un porvenir y me alaba por prestarme a realizarlo: “Mi niñito va a ser muy querido, muy razonable, y se va a dejar echar las gotas en la

nariz”. Yo me dejo atrapar en el lazo de sus mullidas profecías.

Quedaba el patriarca: se parecía tanto a Dios Padre que a menudo era confundido con él. Un día entró a una iglesia por la sacristía; el padre estaba amenazando a los tibios con la ira divina: “¡Dios está ahí! Vedlo!” En ese momento los feligreses descubrieron, debajo del púlpito, a un enorme anciano de barbas que los miraba: salieron corriendo. Otras veces, cambiando la versión, decía que se habían echado de rodillas. Le gustaban las apariciones. En el mes de septiembre de 1914, se manifestó en una sala de cine de Arcachon; mi madre y yo estábamos en el balcón, cuando él pidió que prendieran las luces; otros señores lo rodeaban haciendo de ángeles y gritaban: “¡Victoria! Victoria!”. Dios subió al escenario y leyó el comunicado del Marne. En los tiempos en que su barba era negra, había sido Jehová, y sospecho que Emile murió por él, indirectamente. Este Dios colérico se alimentaba con la sangre de sus hijos. Pero yo aparecí al final de su vida, ahora su barba estaba blanca y manchada por el tabaco, y la paternidad ya no lo divertía. Si me hubiera engendrado, creo que no habría resistido el deseo de esclavizarme: por simple hábito. Mi buena suerte consistió en ser el hijo de un muerto: un muerto había vertido unas gotas de esperma que es el costo ordinario de un niño; yo era un súbdito del sol, mi abuelo podía gozar conmigo sin poseerme: yo fui su “maravilla” porque él quería pasar sus últimos días maravillado; optó por considerarme como un favor singular del destino, como un don gratuito y siempre revocable; ¿qué podía exigir de

mí? Yo lo colmaba con mi sola presencia. Él fue el Dios de Amor con la barba del Padre y el Sagrado Corazón del Hijo; me hacía la imposición de manos, yo sentía en la cabeza el calor de sus manos, me llamaba su pequeñito con una voz que destilaba ternura y con sus ojos fríos humedecidos por las lágrimas. Todos exclamaban: “¡Este pícaro lo tiene loco!” Me adoraba, era evidente. Pero, ¿me quería? En una pasión tan pública es difícil distinguir la sinceridad del artificio: no creo que haya mostrado mucho afecto a sus otros nietos; es cierto que casi no los veía y que ellos no necesitaban de él. Yo, en cambio, dependía de él por completo: él adoraba en mí su propia generosidad.

A decir verdad, mi abuelo forzaba un poco lo sublime: era un hombre del siglo XIX que, como muchos otros, como el mismo Victor Hugo, se tomaba por Victor Hugo. Por mi parte, ese bello anciano de tupida barba, siempre entre un gesto teatral y otro como el alcohólico entre copa y copa, me parece la víctima de dos técnicas que acababan de descubrirse: el arte de la fotografía y el arte de ser abuelo. Tenía la suerte y la desgracia de ser fotogénico. Sus fotos llenaban la casa; como entonces no se tomaban instantáneas, había adquirido el gusto de las poses y de los cuadros vivientes: todo le servía de pretexto para dejar en suspenso sus gestos, quedarse quieto en una bella actitud, petrificarse; amaba con pasión esos breves instantes de eternidad en que se convertía en su propia estatua. A causa de su gusto por los cuadros vivientes, no conservo de él sino imágenes rígidas de linterna mágica: un bosque, estoy sentado en un tronco,

tengo cinco años; Charles Schweitzer lleva un sombrero de paja, un traje de franela crema de listas negras, un chaleco de piqué blanco cruzado por la cadena de un reloj; sus lentes cuelgan del extremo de un cordón; se inclina hacia mí, alza un dedo con un anillo de oro, habla. Todo es sombrío, todo está húmedo, menos su barba reluciente: un aureola en torno del mentón. No sé lo que dice: estoy demasiado concentrado en la actitud de escucha para poder entender. Supongo que este viejo republicano del Imperio me enseñaba los deberes cívicos y me contaba la historia burguesa; hubo reyes, emperadores, eran muy malos; fueron expulsados, todo iba lo mejor posible. Por la tarde, cuando íbamos a encontrarlo, lo reconocíamos al punto entre la multitud de viajeros que salían del funicular por su elevada estatura y su paso de maestro de minué. Tan pronto nos veía, se “cuadraba” como obedeciendo a las indicaciones de un fotógrafo invisible: la barba al viento, el cuerpo erguido, las piernas en escuadra, el pecho levantado y los brazos ampliamente abiertos. Ante esa señal yo me inmovilizaba, me inclinaba hacia adelante como el corredor que se apresta a tomar la salida o el pajarillo que va a salir de la cámara; permanecíamos unos instantes frente a frente, un bello cuadro de Sajonia, luego corría hacia él cargado de frutas y de flores, me arrojaba contra sus rodillas con un jadeo fingido; él me levantaba y me lanzaba al aire, me apretaba contra su corazón murmurando: “¡Mi tesoro!” Era el segundo cuadro, muy apreciado por los transeúntes. Representábamos una vasta comedia con cien *sketches* distintos: el

fírteo, los malentendidos rápidamente disipados, las bromas amables y los regaños cariñosos, el despecho amoroso, los ocultamientos tiernos y la pasión; imaginábamos obstáculos a nuestro amor para tener la alegría de superarlos: yo era imperioso a veces, pero los caprichos no podían ocultar mi sensibilidad exquisita; él mostraba la vanidad sublime y cándida que conviene a los abuelos, la ceguera y las debilidades culpables que recomienda Hugo. Si me hubieran puesto a régimen de pan, él me habría llevado mermelada; pero las dos mujeres intimidadas se cuidaban de imponerme tales castigos. Además, yo era un niño muy bueno: me sentía tan a gusto en mi papel que nunca lo abandonaba. En realidad, el pronto retiro de mi padre me había gratificado con un “edipo” muy incompleto: falta de superyó, pero también falta de agresividad. Mi madre me pertenecía y nadie me la disputaba: yo desconocía la violencia y el odio, me libré del duro aprendizaje de los celos. No habiendo conocido sus espinas, la realidad no se me reveló sino a través de su alegre inconsistencia. ¿Contra quién, contra qué iba yo a revelarme? Nadie pretendió jamás convertir sus caprichos en la ley por la que debía regirse mi existencia.

Dócilmente dejo que me pongan los zapatos, que me echen gotas en la nariz, que me laven y me peinen, que me vistan y me desvistan, que me hagan bucles y me acaricien. No hay nada más divertido que hacer el papel de niño bueno. No lloro nunca, apenas si me río, no hago bulla; a los cuatro años me pillan echándole sal a la mermelada, pero creo que lo hago más

por espíritu de investigación científica que por malignidad; en todo caso, es la única travesura que recuerdo. A veces, los domingos, las mujeres van a misa para oír buena música tocada por un organista de renombre; ninguna de las dos es devota, pero la fe de los otros las predispone al éxtasis musical; creen en Dios apenas el tiempo necesario para gozar una tocata. Para mí, esos momentos de elevada espiritualidad son una verdadera delicia: todos parecen entredormidos, es el momento propicio para mostrar lo que puedo hacer: de rodillas en el reclinatorio, me convierto en una estatua; no muevo ni un dedo, miro fijamente al frente, sin pestañear, hasta que las lágrimas ruedan por mis mejillas; por supuesto, debo librar un combate titánico contra el hormigueo, pero estoy seguro de vencer, tan consciente de mis fuerzas que no vacilo en alimentar las tentaciones más criminales a fin de tener el gusto de rechazarlas: ¿qué tal levantarse gritando “!Badabum!”? ¿Qué tal encaramarse en la columna y hacer pipí en la pila del agua bendita? Estas terribles imaginaciones aumentan a mis ojos el valor de las felicitaciones de mi madre. Pero me miento, finjo estar en peligro para aumentar mi gloria: en ningún momento mis tentaciones fueron vertiginosas; temo demasiado el escándalo; si quiero asombrar es con mis virtudes. Estas fáciles victorias me convencen de que tengo una naturaleza buena; no tengo más que dejarme ir para que me abrumen con elogios. Los malos deseos y los malos pensamientos, si los hay, vienen de afuera; tan pronto entran en mí, languidecen y se marchitan: no soy un terreno fértil para el mal. Soy

virtuoso por comedia, pero nunca me fuerzo ni me obligo a nada: invento. Tengo la libertad principesca del actor que mantiene en suspenso a su público y desarrolla todas las posibilidades de su papel. Me adoran, luego soy adorable. Nada más simple, puesto que el mundo está bien hecho. Me dicen que soy bello y lo creo. Desde hace algún tiempo tengo una nube en el ojo derecho que me dejará tuerto y bizco, pero todavía no se nota mucho. Me toman decenas de fotos que mi madre retoca con lápices de color. En una de ellas, que ha sido conservada, aparezco rosado y rubio, con bucles, las mejillas redondas y, en la mirada, una amable deferencia por el orden establecido; tengo los labios inflados por una hipócrita arrogancia: sé lo que valgo.

No basta que mi naturaleza sea buena; es preciso que sea además profética: la verdad habla por la boca de los niños. Muy próximos todavía de la naturaleza, son los primos del viento y del mar: a quien sabe oírlos, sus balbuceos ofrecen vagas y vastas enseñanzas. Mi abuelo había atravesado el lago de Ginebra con Henri Bergson: “Yo estaba loco de entusiasmo, contaba, me faltaban ojos para contemplar las cimas resplandecientes, para seguir los reflejos iridiscentes del agua. Pero Bergson, sentado sobre una maleta, no dejó de mirar entre sus pies”. De lo cual mi abuelo concluía que la meditación poética es mejor que la filosófica. Se puso a meditar sobre mí: en el jardín, sentado en una silla plegable, con un vaso de cerveza al alcance de la mano, me miraba correr y saltar, buscaba una sabiduría en mis frases confusas, la

encontraba. Más tarde me he reído de esa locura; lo lamento: era el trabajo de la muerte. Charles combatía la angustia con el éxtasis. Admiraba en mí la obra maravillosa de la tierra para convencerse de que todo está bien, incluso nuestro fin miserable. Esa naturaleza que se disponía a recuperarlo, él iba a buscarla en las cumbres, en las olas, en medio de las estrellas, en la fuente de mi joven vida, a fin de poder abrazarla toda y aceptarla toda, incluida la fosa que se abría para él. No era la Verdad, era *su* muerte la que le hablaba por mi boca. No es extraño que la insípida felicidad de mis primeros años haya tenido a veces un sabor fúnebre: yo debía mi libertad a un fallecimiento temprano, mi importancia a una muerte esperada. Bien se sabe: una pitonisa es una muerta y los niños son espejos de la muerte.

A mi abuelo le encantaba fastidiar a sus hijos. Este padre terrible se pasó la vida aplastándolos; después de eso, entran de puntillas y lo sorprenden de rodillas ante un crío: como para romperles el corazón. En la lucha de las generaciones, los niños y los viejos hacen a menudo causa común: los primeros lanzan las profecías, los segundos las descifran. La naturaleza habla y la experiencia traduce: a los adultos no les queda más que callarse. Cuando no se tiene un niño, se consigue un perro: en un cementerio de perros, el año pasado, entre los discursos conmovidos que corren de tumba en tumba, pude reconocer algunas de las máximas de mi abuelo: los perros saben amar; son más tiernos que los hombres, más fieles; tienen tacto, un instinto infalible que les permite reconocer el Bien y distinguir

a los buenos de los malos. “Polonio, decía una mujer desconsolada, tú eres mejor que yo; tú no me habrías sobrevivido; yo te he sobrevivido”. Un amigo americano me acompañaba: irritado, le dio una patada a un perro de cemento y le quebró una oreja. Tenía razón: cuando se ama *demasiado* a los niños y a los animales, se los ama contra los hombres.

Así pues, soy un perro de lanas prometedor; profetizo. Digo palabras de niño; retienen mis palabras, me las repiten. Aprendo a construir otras. Hablo como un hombre: soy capaz de decir, sin venir a cuento, frases “por encima de mi edad”. Esas frases son poemas; la fórmula es simple: basta confiarse al Diablo, al azar, al vacío, tomar frases enteras de los adultos, juntarlas y repetir las sin comprender nada. En pocas palabras, lanzo verdaderas profecías que cada cual entiende como quiera. El Bien nace en lo más profundo de mi corazón, la Verdad en las tinieblas infantiles de mi Entendimiento. Me admiro sin vacilar: resulta que mis gestos y mis palabras tienen una cualidad que se me escapa y que salta a los ojos de las personas mayores; no importa: les brindaré sin descanso las riquezas delicadas que yo mismo no capto. Mis payasadas adoptan la apariencia de la genialidad: érase una pobre familia entristecida por la falta de niño; compadecido, en un arranque de altruismo me saqué de la nada y adopté el disfraz de la infancia para darles la ilusión de que tenían un hijo. Mi madre y mi abuela me incitan a menudo a repetir el acto de bondad eminente que me trajo al mundo: acolitan las manías de Charles Schweitzer, su gusto por lo

teatral, le preparan sorpresas. Me ocultan detrás de un mueble y yo contengo la respiración; las mujeres salen del cuarto o fingen olvidarme, yo vuelvo a la nada; mi abuelo entra en el cuarto, fatigado y taciturno, tal como sería si yo no existiera: de golpe, salgo de mi escondite, le concedo la gracia de nacer, él me ve, entra en el juego; cambia de expresión y alza los brazos al cielo: yo lo colmo con mi presencia. En una palabra, me doy; me doy siempre y en todas partes, doy todo: me basta abrir una puerta para tener yo mismo el sentimiento de hacer aparición. Pongo mis cubos unos sobre otros, destruyo mis construcciones de arena, llamo a grandes gritos; viene alguien que se maravilla: otro que es feliz gracias a mí. Las comidas, los sueños y las preocupaciones ante los cambios del clima constituyen las fiestas principales y las obligaciones mayores de una vida llena de ceremonias. Como en público, a semejanza de un rey: si como *bien*, me felicitan; mi propia abuela exclama: “¡Qué bien! Tiene hambre”.

No ceso de crearme; soy el donante y la donación. Si mi padre viviera, yo conocería mis derechos y mis deberes; él está muerto y yo lo ignoro: no tengo derechos porque el amor me colma; no tengo deberes porque doy por amor. Un solo mandato: gustar; todo para la exhibición. ¡Qué derroches de generosidad en mi familia! Mi abuelo me mantiene y yo lo hago feliz; mi madre se consagra a todos. Cuando hoy pienso en todo eso, la consagración de mi madre me parece lo único verdadero; pero tendíamos a pasarla bajo silencio. No importa: nuestra vida no es más que una serie de ceremonias, nos pasamos el

tiempo abrumándonos con homenajes. Yo respeto a los adultos a condición de que ellos me idolatren; soy franco, abierto, dulce como una niña. Pienso con rectitud, la gente confía en mí: todos son buenos porque todos están contentos. Veo la sociedad como una jerarquía rigurosa de méritos y poderes. Los que ocupan la cima de la escala dan todo lo que poseen a los que están abajo. Yo no aspiro sin embargo a colocarme en lo más alto de la escala: sé que ese lugar está reservado a personas severas y bienintencionadas, que hacen reinar el orden. Yo estoy en un peldaño marginal, no lejos de ellas, y mis irradiaciones se extienden de arriba abajo de la escala. En pocas palabras, hago lo posible por mantenerme aparte del poder secular: ni debajo, ni encima; simplemente, en otra parte. Nieto de clérigo, desde niño soy un clérigo; tengo la unción de los príncipes de la Iglesia, una jovialidad sacerdotal. Trato a los inferiores como iguales: es un mentira piadosa para hacerlos felices y que conviene que crean, al menos hasta cierto punto. A mi niñera, al cartero, a mi perra, les hablo con tono paciente y moderado. En este mundo tan bien ordenado hay pobres. Hay también corderos de cinco patas, hermanas siamesas, accidentes ferroviarios: estas anomalías no son culpa de nadie. Los pobres no saben que su función es permitirnos el ejercicio de la generosidad; son pobres vergonzantes que caminan pegados a las paredes; corro hacia ellos, les pongo en la mano una moneda de dos centavos y, sobre todo, les hago el don de una bella sonrisa igualitaria. Tienen cierto aire de estupidez y no me gusta tocarlos, pero hago el

esfuerzo: es un desafío; además, tienen que quererme: ese amor embellecerá sus vidas. Sé que carecen de lo necesario y quiero ser su lujo. Además, cualquiera que sea su miseria, no es tan grande como la de mi abuelo: cuando él era niño se levantaba antes del alba y se vestía en la oscuridad; en los inviernos, para lavarse, tenía que quebrar el hielo en la pileta. Afortunadamente, las cosas se arreglaron después. Mi abuelo cree en el Progreso, yo también. El Progreso: ese largo camino arduo que conduce hasta mí.

Era el Paraíso. Cada mañana me despertaba con un asombro maravillado, admirando la suerte loca que me había hecho nacer en el seno de la familia más unida y en el país más bello del mundo. Los descontentos me escandalizaban: ¿de qué podían quejarse? Eran unos saboteadores. Mi abuela, en particular, me inquietaba vivamente: me dolía constatar que no me admiraba lo suficiente. En realidad, Louise me había calado a fondo. En mí, reprochaba abiertamente las farsas que no se atrevía a criticar en su marido. Yo era un polichinela, un bufón, un hipócrita, ella me decía que dejara mis payasadas. Me indignaba todavía más la sospecha de que se burlaba parecidamente de mi abuelo: ella era “el espíritu que siempre niega”. Yo le *respondía*, ella exigía que me excusara; seguro de ser apoyado, me negaba a hacerlo. Mi abuelo aprovechaba la ocasión para exhibir su debilidad por mí: se aliaba conmigo contra su mujer que, ofendida, iba a encerrarse en su cuarto. Preocupada, temiendo el rencor de mi abuela, mi madre hablaba

en voz baja, reñía humildemente a su padre, que se alzaba de hombros y se retiraba a su estudio; mi madre, en fin, me suplicaba que pidiera perdón. Yo gozaba con mi poder: era San Miguel derrotando al Espíritu maligno. Para terminar, iba a excusarme, displicentemente. Aparte de eso, por supuesto, yo la adoraba, *puesto que* era mi abuela. Me habían sugerido que la llamara Mami, y que llamara al jefe de familia por su nombre alsaciano, Karl. Karl y Mami sonaban todavía mejor que Romeo y Julieta, que Filemón y Baucis. Mi madre me repetía cien veces al día, no sin cierta intención: “Karlímami nos están esperando; Karlímami se van a alegrar; Karlímami...”, evocando con la unión de esas cuatro sílabas el acuerdo perfecto de las personas. Yo me dejaba engañar a medias, pero aparentaba una credulidad sincera, sobre todo ante mis propios ojos. La palabra arrojaba su sombra sobre las cosas; a través de “Karlímami” yo podía mantener la unidad sin fallas de la familia e investir a Louise con buena parte de los méritos de Charles. Sospechosa y pecaminosa, siempre a punto de flaquear, mi abuela era retenida por la mano de los ángeles, por el poder unificador de una palabra.

Hay gente mala de verdad: los prusianos, que nos quitaron a Alsacia-Lorena y todos nuestros relojes de pared, salvo el péndulo de mármol negro que adorna la chimenea de mi abuelo y que, precisamente, le fue obsequiado por un grupo de alumnos alemanes; quién sabe dónde se lo robaron. Me compran los libros de Hansi, me muestran las imágenes: no experimento ninguna antipatía por esos hombres robustos y

sonrosados que se parecen tanto a mis tíos alsacianos. Mi abuelo, que optó por Francia en 1871, va de vez en cuando a Gunsbach, en Pfaffenhofen, a visitar a los que se quedaron. Me llevan. En los trenes, cuando un revisor alemán le pide el tiquete, en los cafés cuando el mesero se demora con el servicio, Charles enrojece de cólera patriótica; las dos mujeres se cuelgan de sus brazos: “Charles, ¿no te das cuenta? Nos van a expulsar, y todo para nada”. Mi abuelo alza la voz: “No pueden expulsarme: ¡esta es mi tierra!”. Me ponen sobre sus piernas, lo miro con gesto suplicante, se calma: “Está bien; lo hago por el niño”, suspira, acariciándome la cabeza con sus dedos secos. Estas escenas me indisponen contra él sin indignarme contra los ocupantes. Por lo demás, en Gunsbach, Charles no deja de enfadarse con su cuñada; varias veces arroja su servilleta sobre la mesa y abandona el comedor dando un portazo: sin embargo, ella no es alemana. Después de la comida, vamos a suplicarle que se calme, pero se mantiene ceñudo. ¿Cómo no suscribir el juicio de mi abuela: “Alsacia no significa nada para él; no debería volver tan a menudo”? Por lo demás, no me gustan mucho estos alsacianos que me tratan sin respeto, y no me importa que ya no pertenezcan a Francia. Blumenfeld, un tendero de Pfaffenhofen, no se muestra contento con mis frecuentes visitas, le molesta cualquier cosa que yo haga. Mi tía Carolina manifiesta su “opinión” a mi madre; ella me lo dice; por una vez, Louise y yo somos cómplices: ella detesta a la familia de su marido. En Estrasburgo, desde un cuarto del hotel en que estamos reunidos, oigo ruidos

agudos y extraños, corro a la ventana: ¡el ejército! Me pongo feliz viendo desfilar a Prusia al son de esa música pueril, aplaudo. Mi abuelo permanece en su silla, refunfuñando; mi madre me dice al oído que debo apartarme de la ventana. Obedezco a regañadientes. Yo detesto a los alemanes, pero sin convicción. Por lo demás, Charles no puede darse el lujo de ser muy chovinista: en 1911 dejamos Meudon para instalarnos en París, en el número 1 de la calle Le Goff; se había jubilado pero, para mantenernos, tuvo que fundar el Instituto de Lenguas Vivas, donde enseña francés a los extranjeros que están de paso. Utiliza el método indirecto. Los alumnos provienen en su mayoría de Alemania. Pagan bien: mi abuelo se mete los luises de oro, sin contarlos, en los bolsillos de su chaqueta; mi abuela, que sufre de insomnio, se desliza al vestíbulo a medianoche para tomar sus diezmos “a hurtadillas”, como ella misma se lo dice a su hija. En una palabra, el enemigo nos mantiene; una guerra franco-alemana nos devolvería a Alsacia y arruinaría el Instituto: Charles está pues por la conservación de la paz. Además, hay alemanes buenos, que vienen a almorzar a nuestra casa: una novelista coloradota y peluda a la que Louise llama con una risita celosa “La Dulcinea de Charles”, un doctor calvo que acorralla a mi madre contra las puertas y trata de besarla; cuando ella se queja tímidamente, mi abuelo estalla: “Tú me haces pelear con todo el mundo”, se alza de hombros, concluye: “Estás viendo visiones, hija mía”, y ella termina sintiéndose culpable. Todos esos invitados comprenden que tienen

que extasiarse ante mis méritos, me acarician dulcemente: eso significa que, a despecho de sus orígenes, tienen la noción del Bien. En el aniversario de la fundación del Instituto hay más de cien invitados, abunda la champaña, mi madre y la señorita Moutet interpretan a Bach a cuatro manos; con un traje de muselina azul, con estrellas y con alas, camino de un lado a otro ofreciendo mandarinas en una canastilla; dicen: “¡Es *verdaderamente* un ángel!” Vamos, no son tan mala gente estos alemanes. Claro que no hemos renunciado a vengar a la Alsacia mártir; en familia, en voz baja, como hacen los primos de Gunsbach y de Pfaffenhofen, liquidamos a los boches a fuerza de ridiculizarlos. Nos reímos largamente, sin cansarnos, de ese estudiante que escribe en un tema francés: “Carlota estaba tullida de dolores sobre la tumba de Werther”, de ese joven profesor que, en medio de una comida, se quedó mirando desconfiado una tajada de melón y terminó comiéndosela entera, con las pepitas y la cáscara. Estas burredas me inclinan a la indulgencia: los alemanes son seres inferiores que tienen la suerte de ser nuestros vecinos; les daremos nuestros conocimientos.

Un beso sin bigote, se decía entonces, es como un huevo sin sal; yo agrego: y como el Bien sin el Mal, como mi vida entre 1905 y 1914. Si uno sólo puede definirse por oposición a otros, yo era la indefinición en carne y hueso; si el amor y el odio constituyen el derecho y el reverso de la misma moneda, yo no amaba nada ni a nadie. Así son las cosas: no es posible odiar y agradar a la vez. Ni agradar y amar.

¿Soy entonces un Narciso? Ni siquiera eso: demasiado ocupado en seducir, me olvido de mí mismo. Después de todo, no es muy divertido manchones, garabatos, mis necesidades naturales: para valorarlos a mis ojos, es preciso que un adulto se extasíe ante mis productos. Por fortuna los aplausos no faltan: ante mis cotorreos, los adultos tienen el mismo aire de goce y de connivencia que cuando escuchan *El Arte de la Fuga*; eso demuestra lo que soy en el fondo: un bien cultural. La cultura me impregna y yo la devuelvo a mi familia por irradiación, como los estanques, en la noche, devuelven el calor del día.

Mi vida comenzó como seguramente terminará: en medio de libros. En el estudio de mi abuelo los había por todas partes: sólo estaba permitido quitarles el polvo una vez al año, antes de que empezara octubre. Yo no sabía todavía leer y ya veneraba esas piedras levantadas: rectas o inclinadas, apretadas como ladrillos en los entrepaños de la biblioteca o noblemente espaciadas en avenidas de menhires, comprendía que la prosperidad de la familia dependía de ellas. Se parecían todas: yo retozaba en un minúsculo santuario, rodeado de viejos y abultados monumentos, que me habían visto nacer, que me verían morir y cuya permanencia me garantizaba un futuro tan calmo como el pasado. Yo tocaba los libros a escondidas para honrar mis manos con su polvo, pero no sabía muy bien qué hacer con ellos, y asistía todos los días a ceremonias cuyo sentido se me escapaba: mi abuelo —tan torpe que, habitualmente, mi madre le tenía

que abotonar los guantes— manejaba esos objetos culturales con destreza de oficiante. Mil veces lo vi pararse con aire ausente, contornear su mesa, atravesar el cuarto en dos zancadas, tomar un volumen sin vacilar, sin gastar tiempo en escoger, hojearlo de regreso a su silla con un movimiento combinado del pulgar y el índice, y luego, apenas sentado, abrirlo exactamente en “la página exacta” haciéndolo crujir como un zapato. A veces me acercaba para observar esas cajas que se hendían como ostras y descubría la desnudez de sus órganos interiores, de las hojas pálidas y enmohecidas, ligeramente esponjadas, cubiertas de venillas negras que bebían tinta y olían a setas.

En el cuarto de mi abuela los libros estaban acostados; se los prestaban en una biblioteca circulante y nunca vi más de dos a la vez. Esas baratijas me recordaban las golosinas de Año Nuevo porque sus hojas suaves y brillantes parecían recortadas de papel satinado. Vivas, blancas, casi nuevas, servían de pretexto para superficiales misterios. Cada viernes mi abuela se vestía para salir y me decía: “*Los voy a devolver*”; de regreso, después de quitarse el sombrero negro y el velo, *los* sacaba de su manguito y yo me preguntaba confundido: “¿Son los mismos?” Ella los forraba cuidadosamente y luego, escogiendo uno, se instalaba en una poltrona cerca de la ventana, suspiraba de placer y de cansancio, bajaba los párpados con una fina sonrisa voluptuosa que después volví a ver en los labios de la Gioconda; mi madre se callaba, me invitaba a callarme, yo pensaba en la misa, en la muerte, en el sueño: me envolvía

un silencio sagrado. De tanto en tanto, Louise soltaba una risita; llamaba a su hija, señalaba una línea con el dedo y las dos mujeres cambiaban una mirada cómplice. Sin embargo, no me gustaba la exagerada distinción de esos folletones; me parecían unos intrusos, y mi abuelo no ocultaba que constituían el objeto de un culto menor, exclusivamente femenino. Los domingos entraba desprevénidamente al cuarto de su mujer y se plantaba ante ella sin encontrar qué decirle; tamborileaba en el cristal de la ventana y luego, no ocurriéndosele otra cosa, se volvía hacia Louise y le quitaba la novela de las manos: "Charles, exclamaba ella furiosa, me vas a hacer perder la página". Él leía, enarcando las cejas; bruscamente su índice golpeaba el libro: "No entiendo". "Pero ¿cómo quieres entender?, decía mi abuela; lees por la mitad". Mi abuelo tiraba el libro sobre la mesa y se marchaba, alzándose de hombros.

Él debía de tener razón puesto que era un profesional. Yo lo sabía: me había mostrado, en un estante, unos gruesos volúmenes con pasta de tela oscura. "Estos, hijito, los hizo el abuelo". ¡Qué orgullo! Yo era el nieto de un artesano especializado en la confección de objetos sagrados, tan respetable como un fabricante de órganos o como un sastre de clérigos. Lo vi en acción: cada año reeditaba el *Deutsches Lesebuch*. En las vacaciones, toda la familia esperaba las pruebas con impaciencia: Charles no soportaba la inacción, estallaba en rabietas sólo para pasar el tiempo. El cartero llegaba al fin con los gruesos paquetes, los cordeles eran cortados con tijeras; mi abuelo desplegab

las galeradas, las extendía sobre la mesa del comedor y las llenaba de rayas rojas; ante cada error del impresor maldecía entre dientes y sólo gritaba cuando la criada llegaba a poner la mesa. Todo el mundo estaba alegre. Parado sobre una silla, yo contemplaba extasiado esas líneas negras con estrías de sangre. Charles Schweitzer me hizo saber que tenía un enemigo mortal: su Editor. Nunca había reparado en centavos: pródigo por despreocupación, generoso por ostentación, terminó por caer, mucho más tarde, en esa enfermedad de los octogenarios: la avaricia, producto de la impotencia y del miedo a la muerte. Por esa época, la avaricia se insinuaba en la forma de una extraña desconfianza: cuando recibía un giro por sus derechos de autor, levantaba sus brazos al cielo y gritaba que lo estaban degollando, o entraba al cuarto de mi abuela y declaraba sombríamente: "Mi editor me alsa a mano armada". Descubrí, estupefacto, la explotación del hombre por el hombre. De no ser por esa abominación, felizmente excepcional, el mundo hubiera sido perfecto: los patronos pagaban según sus posibilidades y los obreros eran recompensados según sus méritos. ¿Por qué tenían que venir los editores, esos vampiros, a perturbar el orden chupándole la sangre a mi pobre abuelo? Mi respeto no hizo más que aumentar ante ese santo varón cuya dedicación quedaba sin recompensa: desde muy temprano quedé preparado para mirar el profesorado como un sacerdocio y la literatura como una pasión. Todavía no sabía leer pero ya era bastante esnob para querer tener *mis* libros. Mi abuelo acudió al pícaro de su editor y me consiguió *Les contes*

del poeta Maurice Bauchor; eran relatos tomados del folclor y adaptados para niños por un hombre que, según mi abuelo, había conservado los ojos de la infancia. Quise emprender de inmediato las ceremonias de apropiación. Tomé los dos pequeños volúmenes, los olí, los palpé, los abrí descuidadamente en la “página exacta”, haciéndolos crujir. En vano: no tenía la sensación de poseerlos. Intenté sin éxito tratarlos como muñecas, mecerlos, besarlos, golpearlos. Al borde del llanto, terminé por ponerlos en el regazo de mi madre. Ella abandonó su costura: “¿Qué quieres que te lea, cariñito? ¿Las Hadas?” Pregunté incrédulo: “Las Hadas están *ahí*?” Esa historia me era familiar, mi madre me la contaba a menudo cuando me bañaba, interrumpiéndose para fricciónarme con agua de Colonia o para recoger el jabón que se le había caído en la bañera, y yo escuchaba distraídamente ese relato demasiado conocido. Yo no tenía ojos sino para Anne-Marie, esa joven de todas mis mañanas; yo no tenía oídos sino para su voz turbada por la servidumbre; degustaba sus frases inconclusas, sus palabras demoradas, su seguridad brusca que de pronto se debilitaba hasta deshacerse en hilachas melodiosas y recuperarse después de un silencio. La historia sólo venía por añadidura: era el lazo que unía sus soliloquios. Mientras ella hablaba estábamos solos y ocultos, lejos de los hombres, de los dioses y de los sacerdotes, éramos dos bichos del bosque junto a otros bichos, las Hadas; no podía creer que se hubiera escrito todo un libro para hacer figurar en él ese episodio de nuestra vida profana, con olor a jabón y agua de Colonia.

Anne-Marie me hizo sentar frente a ella, en mi sillita; se inclinó, bajó los párpados, pareció aletargarse. De su rostro de estatua salió una voz de yeso. Yo estaba perplejo: ¿quién narraba? ¿qué? ¿a quién? Mi madre se había ausentado: ni una sonrisa, ni un signo de connivencia, me sentí exilado. Además, no reconocía su lenguaje. ¿De dónde sacaba Anne-Marie esa seguridad? Después de un momento comprendí: era el libro el que hablaba. Salían frases que me hacían dar miedo: eran verdaderos ciempiés, hormigueaban de sílabas y letras, alargaban sus diptongos, hacían vibrar las dobles consonantes; cantarinas, nasales, cortadas por pausas y suspiros, llenas de palabras desconocidas, se embelesaban en sí mismas y en sus meandros sin preocuparse de mí: a veces desaparecían antes de que yo hubiera tenido tiempo de entenderlas, otras veces yo había entendido de antemano pero ellas continuaban rodando noblemente hacia su fin sin concederme la gracia de una coma. Seguramente, era un discurso que no me estaba destinado. En cuanto a la historia, se había endomingado: el leñador, su mujer y sus hijas, el hada, todos los pequeños seres que eran nuestros semejantes habían adquirido majestad; sus harapos eran descritos con magnificencia, las palabras coloreaban las cosas transformando los actos en ritos y los acontecimientos en ceremonias. Alguien comenzó a hacer preguntas: el editor de mi abuelo, especializado en la publicación de textos escolares, no perdía ocasión para ejercitar la joven inteligencia de sus lectores. Me pareció que se interrogaba a un niño: Si estuviera en la situación del leñador,

¿qué hubiera hecho? ¿A cuál de las dos hermanas prefería? ¿Por qué? ¿Estaba de acuerdo con el castigo de Babette? Pero yo no me identificaba por completo con ese niño al que se interrogaba y tenía miedo de responder. Respondí, sin embargo, mi débil voz flaqueó y sentí que me convertía en otro. Anne-Marie era también otra, con su aire de ceguera extra-lúcida: me parecía que yo era el hijo de todas las madres y ella la madre de todos los hijos. Cuando acabó de leer, le arrebaté los libros y me los llevé sin darle las gracias.

A la larga le tomé gusto a esa delicia que me arrancaba de mí mismo: Maurice Bauchor se dirigía a la infancia con la solicitud universal que los jefes de sección de las grandes tiendas despliegan antes sus clientes; eso me halagaba. Llegué a preferir los relatos prefabricados a los improvisados; me volví sensible a la sucesión rigurosa de las palabras: ellas volvían a cada lectura, siempre las mismas y en el mismo orden, yo las esperaba. En los cuentos de Anne-Marie los personajes vivían un poco a la bartola, como ella misma; en los libros adquirían un destino. Era una misa: asistía al eterno retorno de los nombres y de los acontecimientos.

Me sentí entonces celoso de mi madre y resolví quitarle su papel. Tomé una obra titulada *Tribulaciones de un chino en China* y me la llevé al cuarto de los trastos: allí, sobre una cama plegable, hice como si leyera: seguía con mirada las líneas negras sin saltarme una sola y me contaba una historia en voz alta, pronunciando con cuidado cada sílaba. Me sorprendieron —o hice que me sorprendieran—, hubo exclamaciones,

decidieron que era hora de enseñarme el alfabeto. Yo estaba más apasionado que un catecúmeno: llegué al punto de darme lecciones particulares; trepaba a mi lecho con *Sin familia* de Héctor Malot, que me sabía de memoria y, a medias recitando, a medias descifrando, recorrí todas las páginas una a una. Cuando llegué a la última página, ya sabía leer.

Estaba loco de alegría: ahora eran más esas voces disecadas en sus pequeños herbarios, esas voces que mi abuelo reanimaba con su mirada, que él entendía y que yo no entendía. Las escucharía, me llenaría con discursos ceremoniosos, lo sabría todo. Me dejaron vagar libremente por la biblioteca y me lancé al asalto de la sabiduría humana. De esa manera me hice. Más tarde, he oído mil veces a los antisemitas reprochar a los judíos la ignorancia de las lecciones y los silencios de la naturaleza; yo respondía: “En ese caso, yo soy más judío que nadie”. Los frondosos recuerdos y la dulce locura de las infancias campesinas me son perfectamente extraños. Jamás he escarbado la tierra ni buscado nidos, nunca he coleccionado plantas ni he tirado piedras a los pájaros. Los libros han sido mis pájaros y mis nidos, mis animales domésticos, mi establo y mi campiña; la biblioteca era el mundo captado en un espejo; tenía su espesor infinito, su variedad, su imprevisibilidad. Me lancé a increíbles aventuras: tenía que trepar en las sillas, en las mesas, corriendo el riesgo de provocar avalanchas que me habrían sepultado. Las obras del entrepaño superior permanecieron largo tiempo fuera de mi alcance; otras, apenas descubiertas,

me las quitaban; otras incluso se me ocultaban; las había tomado, había empezado a leerlas, creía haberlas dejado en su sitio, tenía que buscarlas durante una semana para volver a encontrarlas. Hice horribles descubrimientos: abría un álbum, caía sobre una lámina en colores, insectos espantosos pululaban bajo mi vista. Tumbado en la alfombra, emprendí viajes áridos a través de Fontenelle, Aristófanes, Rabelais: las frases se me resistían como cosas materiales; era preciso observarlas, darles vuelta, fingir alejarme y retornar bruscamente para sorprenderlas descuidadas: la mayor parte de las veces mantenían su secreto. Yo era La Perouse, Magallanes, Vasco de Gama; descubría extraños indígenas: “Heautontimorúmenos” en una traducción de Terencio en alejandrinos, “Idiosincrasia” en una obra de literatura comparada. Apócope, Quiasmo, Parangón, otros cien Cafres más, impenetrables y distantes, surgían a la vuelta de un página y su sola aparición dislocaba todo el párrafo. Sólo diez o quince años después llegué a conocer el sentido de esas palabras duras y negras que, todavía hoy, me producen una sensación de opacidad: son el humus de mi memoria.

La biblioteca estaba compuesta casi exclusivamente por los grandes clásicos de Francia y Alemania. Había también gramáticas, algunas novelas célebres, los *Cuentos escogidos* de Maupassant, libros sobre arte —un *Rubens*, un *Van Dyck*, un *Durero*, un *Rembrandt*— que los alumnos de mi abuelo le habían regalado con ocasión del Año Nuevo. Un magro universo. Pero, para mí, la Enciclopedia Larousse lo reemplazaba

todo: tomaba un tomo al azar, detrás del escritorio, el penúltimo anaquel, A-Bello, Bello-Ch o Ci-D, Mele-Po, o Pr-Z (estas asociaciones de letras se habían convertido en nombres propios que designaban los sectores del saber universal: había la región Ci-D, la región Pr-Z, con su fauna y su flora, sus ciudades, sus grandes hombres y sus batallas); lo depositaba penosamente en la carpeta del escritorio de mi abuelo, lo abría, sacaba verdaderos pájaros de sus nidos, cazaba verdaderas mariposas aposentadas en verdaderas flores. Hombres y bestias estaban allí, *en persona*: los grabados eran sus cuerpos, el texto era su alma, su esencia singular; afuera de la casa había vagos esbozos que se aproximaban más o menos a los arquetipos, sin alcanzar su perfección: en el zoológico los monos eran menos monos, en el Jardín de Luxemburgo los hombres eran menos hombres. De manera platónica, iba del saber al objeto; encontraba más realidad en la idea que en la cosa, porque la idea se daba primero en mí y se daba como una cosa. Fue en los libros donde descubrí el universo; asimilado, clasificado, etiquetado, pensado, temible incluso; y llegué a confundir el desorden de mis experiencias librescas con el curso azaroso de los acontecimientos reales. De allí proviene ese idealismo del que sólo pude deshacerme después de una brega de treinta años.

La vida cotidiana era diáfana: nos frecuentaban personas tranquilas que hablaban alto y claro, que fundaban sus certidumbres en sanos principios, en la Sabiduría de las Naciones y que no se distinguían del común de la gente sino por un cierto amaneramiento del

alma al que yo estaba perfectamente acostumbrado. Apenas emitidas, sus opiniones me convencían gracias a una evidencia cristalina y simple; cuando querían justificar sus conductas, daban razones tan tontas que tenían que ser verdaderas; sus problemas de conciencia, expuestos con complacencia, eran para mí más edificantes que perturbadores: se trataba por lo general de falsos conflictos zanjados de antemano, siempre los mismos; sus faltas, cuando las reconocían, eran insignificantes: la precipitación, una irritación legítima aunque sin duda exagerada habían alterado su juicio; afortunadamente, se habían dado cuenta a tiempo; las faltas de los ausentes, aunque por lo general más graves, nunca eran imperdonables: en nuestra casa no se hablaba mal de nadie, simplemente se constataban los defectos de la gente, lamentándolos. Yo escuchaba, comprendía, yo aprobaba esos comentarios que me parecían tranquilizadores, en lo que no me equivocaba porque tenían por fin tranquilizar: en la vida todo tiene remedio y, en el fondo, no ocurre nada; las vanas agitaciones de la superficie no deben ocultarnos la calma mortuoria que es nuestro destino.

Las visitas se marchaban, me quedaba solo, me evadía de ese cementerio banal que era la realidad y me iba a buscar la vida y la locura en los libros. Me bastaba abrir uno para descubrir ese pensamiento inhumano e inquieto cuyas pompas y tinieblas superaban mi entendimiento, que saltaba de una idea a otra tan presto que se me escurría cien veces por página y yo lo dejaba escapar, aturdido, perdido. Asistía a acontecimientos que mi propio abuelo

hubiera considerado inverosímiles y que, sin embargo, tenían la verdad deslumbrante de las cosas escritas. Los personajes surgían inadvertidamente, se amaban, se enemistaban, se mataban unos a otros; el sobreviviente se consumía de pena, iba a reunirse en la tumba con el amigo, con la tierna amada que acababa de asesinar. ¿Qué había que hacer? ¿Estaba yo llamado, como los mayores, a censurar, felicitar, absolver? Pero estos individuos singulares no daban la impresión de guiarse por nuestros principios, y sus motivos, incluso cuando eran mencionados, se me escapaban. Bruto mata a su hijo, y lo mismo hace Mateo Falcone. Esta práctica parecía pues bastante corriente. Sin embargo, en torno a mí, nadie lo había hecho. En Meudon, mi abuelo se había peleado con mi tío Emile y yo los había oído gritar en el jardín: pero no parecía que hubiera tratado de matarlo. ¿Qué pensaba él de los padres que asesinaban a sus hijos? Por mi parte, me abstenia de cualquier juicio; mi vida no estaba en peligro puesto que era huérfano y esos crímenes fastuosos me divertían un poco; pero en la forma en que eran relatados yo percibía una aprobación que me desconcertaba. Tenía que hacer un esfuerzo para no escupir el grabado que mostraba a Horacio, con la espada desenvainada, persiguiendo a la pobre Camila. Karl canturreaba a veces:

*No hay en el mundo seres más cercanos
Que una hermana y un hermano...*

Eso me inquietaba: si por suerte hubiera tenido una hermana, ¿habría sido más cercana a mí que Anne-Marie? ¿Qué Karlimami? Entonces habría sido

mi amante. Amante no era más que una palabra misteriosa que encontraba a menudo en las tragedias de Corneille. Los amantes se besan y se prometen dormir en la misma cama (extraña costumbre: ¿por qué no en camas gemelas como hacíamos mi madre y yo?). Yo no sabía nada más pero, bajo la superficie luminosa de la idea, presentía un bulto peludo. En todo caso, como hermano hubiera sido incestuoso. Soñaba con ello. ¿Desplazamiento? ¿Camuflaje de sentimientos prohibidos? Es muy posible. Tenía una hermana mayor, mi madre, y anhelaba una hermana menor. Todavía hoy –1963– es el único lazo de parentesco que me conmueve.* He cometido el grave error de buscar a menudo entre las mujeres esa hermanita que nunca tuve: siempre fui rechazado y condenado a pagar las costas. Eso no impide que al escribir estas líneas renazca en mí la cólera que sentí contra el asesino de Camila: se mantiene tan viva

que a veces me pregunto si el crimen de Horacio no es una de las fuentes de mi antimilitarismo: los militares matan a sus hermanas. Ya le daría yo su merecido a ese militarote. Para empezar, ¡al poste! ¡Y doce balas que le perforan la piel! Daba vuelta a la página; los caracteres de imprenta me demostraban mi error: era preciso *absolver* al que había matado a su hermana. Durante algunos minutos resoplaba, pateaba el suelo, como un toro burlado por el capote. Después, tenía que dominar mi cólera. Así eran las cosas, yo tenía que arreglármelas. Era demasiado joven. Me había equivocado por completo: la necesidad de esa absolución se encontraba seguramente establecida en los numerosos alejandrinos que me habían resultado impenetrables o que me había saltado por impaciencia. Me gustaba esa incertidumbre y que la historia se me escapara por todos lados: eso me producía una sensación de extrañeza. Releí veinte veces las últimas páginas de *Madame Bovary*; acabé aprendiéndome de memoria párrafos enteros sin llegar a entender la conducta del pobre viudo: encontraba unas cartas, ¿era una razón para dejarse crecer la barba? Lanzaba una mirada sombría a Rodolfo, por tanto le guardaba rencor —¿a causa de qué, realmente? Y ¿por qué le decía: “Yo no te odio, Rodolfo”? ¿Acaso porque Rodolfo lo veía “cómico y un poco abyecto”? Luego Charles Bovary moría: ¿de tristeza? ¿por alguna enfermedad? Y ¿por qué lo abría el doctor si ya todo había terminado? Me gustaba esa resistencia coriácea del sentido que yo no era capaz de vencer; chasqueado y cansado, degustaba la ambigua volup-

* Cuando tenía unos diez años, me deleitaba leyendo *Les Translantiques*: se muestra allí a un americanito y su hermana, muy inocentes ambos, por lo demás. Yo me identificaba con el muchacho y amaba, a través de él, a Biddy, la niña. Durante mucho tiempo he soñado con escribir un cuento sobre dos niños perdidos y discretamente incestuosos. En mis escritos pueden encontrarse huellas de ese fantasma: Orestes y Electra en *Las moscas*, Boris e Ivich en *Los caminos de la libertad*, Frantz y Leni en *Los secuestrados de Altona*. Esta última pareja es la única que pasa a los hechos. Lo que me seducía en este lazo familiar era menos la tentación amorosa que la prohibición de hacer el amor; fuego y hielo, delicias y frustración mezcladas, el incesto me atraía mientras permaneciera platónico.

tuosidad de comprender sin comprender: era el espesor del mundo; el corazón humano, de que hablaba mi abuelo con tanto gusto, yo lo encontraba insípido y vacío en todas partes, salvo en los libros. Nombres vertiginosos determinaban mis humores, me sumían en terrores y melancolías cuyas causas se me escapaban. Yo decía “Charbovary” y veía un hombre, de barba y con el traje hecho jirones, paseándose encerrado: era insoportable. En la fuente de mis ansiosas delicias se confundían dos miedos contradictorios. Temía caer de cabeza en un universo de fábulas y vagar allí sin cesar en compañía de Horacio, de Charbovary, sin esperanzas de encontrar la calle Le Goff, a Karlimami y mi madre. Y, de otra parte, yo adivinaba que esos desfiladeros de palabras ofrecían a los adultos significaciones que a mí se me escapaban. A través de los ojos, dejaba entrar en mi cabeza palabras venenosas, infinitamente más ricas de lo que yo captaba; una fuerza extraña reconstruía dentro de mí, por la fuerza del discurso, historias de energúmenos que no me concernían, penas atroces, vidas destrozadas: ¿no iba a infectarme, a morir envenado? Absorbiendo el Verbo, absorbido por la imagen, sólo me salvaba por la incompatibilidad de esos dos peligros simultáneos. Cuando anochecía, extraviado en una jungla de palabras, sobrecogido de terror al menor ruido, tomando por interjecciones los crujidos del piso, creía descubrir el lenguaje en su estado natural, sin los hombres. Con qué alivio, con qué decepción, volvía a la banalidad familiar cuando entraba mi madre y prendía la luz exclamando: “Pero, hijo mío,

vas a perder la vista”. Perturbado, me ponía de pie, gritaba, corría, payaseaba. Pero incluso en medio de esa infancia reconquistada seguía atormentándome: ¿de *qué* hablan los libros? ¿Quién los escribe? ¿Por qué? Manifesté estas inquietudes a mi abuelo que, después de reflexionar, resolvió que había llegado el momento de liberarme y lo hizo tan bien que me dejó marcado.

Durante mucho tiempo me había hecho saltar sobre su pierna extendida cantando: “A caballo en mi jamelgo, cuando trota va peyendo...”, y yo me reía escandalizado. Esta vez no cantó: me sentó en sus rodillas y me miró a los ojos: “Soy un hombre, dijo con voz de tribuno, y nada de lo humano me es extraño”. Exageraba mucho: como hizo Platón con los poetas, Karl expulsaba de su República a los ingenieros, los comerciantes y probablemente los militares. Las fábricas le dañaban el paisaje; de las ciencias puras no le gustaba sino la pureza. En Guérigny, donde pasábamos la última quincena de julio, mío tío Georges nos llevó a visitar los talleres de fundición: hacía calor, unos hombres brutales y mal vestidos nos empujaban; aturdido por el estruendo me moría de miedo y de fastidio; mi abuelo miraba la fundición silbando admirado, por cortesía, pero su mirada permanecía muerta. En Auvernia, por el contrario, en el mes de agosto, iba curioseando por las aldeas, se paraba ante las viejas construcciones, golpeaba los ladrillos con la punta de su bastón: “Esto que ves aquí, hijo mío –me decía animado– es un muro galo-romano”. Apreciaba también la arquitectura religiosa y, aunque detestaba a los papistas, nunca dejaba de

entrar a las iglesias cuando eran góticas; si eran románicas, todo dependía de su humor. No iba casi nunca a conciertos aunque en otra época lo había hecho: le gustaba Beethoven, su solemnidad, sus grandes orquestaciones; Bach también, sin demasiado entusiasmo. A veces se acercaba al piano y, sin sentarse, tocaba con sus dedos rígidos algunos acordes: mi abuela decía con una sonrisa burlona: “Karl está componiendo”. Sus hijos, sobre todo Georges, habían llegado a ser buenos intérpretes, que detestaban a Beethoven y preferían por encima de todo la música de cámara; estas diferencias de opinión no molestaban a mi abuelo, que decía complacido: “Los Schweitzer son músicos natos”. A los ocho días de nacido, como di muestras de animarme ante el sonido de una cuchara, mi abuelo sentenció que yo tenía oído.

Los vitrales, arbotantes, portales esculpados, corales, crucifijos tallados en madera o piedra, Meditaciones en verso o Armonías poéticas: esas Humanidades nos conducían directamente a lo Divino. Tanto más cuanto que era preciso agregarles las bellezas naturales. Un mismo arquitecto había modelado las obras de Dios y las grandes obras humanas; un mismo arco iris brillaba en la espuma de las cascadas, destellaba en las líneas de Flaubert, iluminaba los claroscuros de Rembrandt: era el Espíritu. El Espíritu le hablaba a Dios de los hombres, y ante los hombres testimoniaba sobre Dios. En la belleza, mi abuelo veía la presencia carnal de la Verdad y la fuente de las más nobles grandezas. En ciertas circunstancias excepcionales —cuando la tormenta

estallaba en la montaña, cuando Victor Hugo se inspiraba— podía alcanzarse ese Punto Sublime en que lo Verdadero, lo Bello y el Bien se confundían.

Había encontrado mi religión: nada me parecía más importante que un libro. La biblioteca era mi templo. Como nieto de sacerdote, vivía en el techo del mundo, en un sexto piso, aposentado en la rama más alta del Árbol Central: el tronco era el hueco del ascensor. Yo iba y venía por el balcón, lanzaba a los transeúntes miradas al vuelo, saludaba a través de la reja a Lucette Moreau, mi vecina, que tenía mi edad, mis crespos y mi joven feminidad, regresaba a mi *cella* o mi *pronaos*, no salía nunca *en persona*; cuando mi madre me llevaba al Luxemburgo —es decir, todos los días—, mis harapos descendían a las regiones inferiores pero mi cuerpo glorioso se mantenía en su alta morada. Creo que todavía está allí. Todo hombre tiene su lugar natural; ni el orgullo ni el valor determinan la altura de ese lugar: la infancia decide. Mi lugar es un sexto piso con vista sobre los techos de París. Por mucho tiempo me sentí asfixiado en los valles, las llanuras me agobiaban: era como arrastrarse por el planeta Marte, aplastado por la gravedad; me bastaba trepar a una colina para recuperar el aliento: regresaba así a mi sexto piso simbólico, respiraba de nuevo el aire enrarecido de las Letras, el universo se extendía a mis pies y cada cosa solicitaba humildemente un nombre; dárselo era a la vez crearla y tomarla. Sin esta ilusión fundamental, jamás hubiera escrito.

Hoy, 22 de abril de 1963, corrijo este manuscrito en el décimo piso de un edificio nuevo: a través de la ventana

abierta veo un cementerio, París, las colinas azules de Saint-Cloud. Esto muestra mi obstinación. Todo ha cambiado, sin embargo. Si de niño hubiera querido alcanzar esta posición elevada, mi gusto por los palomares podría considerarse como un producto de la ambición, de la vanidad, una compensación por mi baja estatura. Pero no; no se trataba de trepar a mi árbol sagrado: yo estaba allí de hecho, rehusaba descender; no se trataba de colocarme por encima de los hombres: quería vivir en pleno éter, entre los simulacros aéreos de las Cosas. Más tarde, lejos de colgarme a un globo, he hecho lo posible por descender: tuve que ponerme zapatos de plomo. Con suerte, me ha ocurrido a veces rozar en la arena desnuda especies submarinas a las que debía inventarles un nombre. Otras veces, no había nada que hacer: una irresistible ligereza me mantenía por encima de la superficie. Para terminar, mi altímetro se ha descompuesto, ora soy ludión, ora buzo, a menudo ambas cosas como conviene a nuestro oficio: vivo normalmente en el aire y trato de escurrirme hacia abajo sin muchas esperanzas.

Era preciso, empero, hablarme de los autores. Mi abuelo lo hizo con tacto, sin mucho calor. Me enseñó los nombres ilustres; a solas, yo recitaba la lista, desde Hesíodo hasta Hugo, sin un error; eran los Santos y los Profetas. Charles Schweitzer pretendía rendirles culto. Pero lo incomodaban: su presencia inoportuna le impedía atribuir directamente al Espíritu Santo las obras del Hombre. Tenía por ello una secreta preferencia secreta por los anónimos, por los constructores que

habían tenido la modestia de eclipsarse ante sus catedrales, por el autor innombrable de las canciones populares. No le chocaba Shakespeare, cuya identidad no estaba definida. Ni Homero, por el mismo motivo. Ni muchos otros cuya existencia era dudosa. A aquellos que no habían querido o sabido borrar las huellas de su vida podía encontrarles excusas siempre que estuvieran muertos. Pero condenaba en bloque a sus contemporáneos, con excepción de Anatole France y de Courteline, que lo divertía. Charles Schweitzer disfrutaba con orgullo la consideración que se mostraba a su avanzada edad, a su cultura, su belleza, sus virtudes; este luterano no se abstenía de pensar, de manera muy bíblica, que el Eterno había bendecido su Casa. A veces, en la mesa, meditaba sobre su vida y concluía apaciblemente: “Hijos míos, es muy bueno no tener nada que reprocharse”. Sus entusiasmos, su majestad, su orgullo, su gusto por lo sublime encubrían una timidez de espíritu que le venía de su religión, de su siglo y de la Universidad, su medio. Por esta razón experimentaba una secreta repulsión por los monstruos sagrados de su biblioteca, especies de bribones cuyos libros, en el fondo, le parecían incongruencias. Yo me engañaba, esa reserva que se manifestaba bajo un entusiasmo ostentoso me parecía la severidad de un juez, como si su sacerdocio lo elevara por encima de ellos. De todos modos, me insinuaba el ministro del culto, el genio no es más que un préstamo: es preciso merecerlo con grandes sacrificios, con pruebas padecidas modesta, fervientemente; se termina por oír voces y se escribe bajo dictado. Entre la primera

revolución rusa y el primer conflicto mundial, quince años después de la muerte de Mallarmé, en el momento en que Daniel de Fontanin descubría *Los alimentos terrestres*, un hombre del siglo XIX imponía a su nieto las ideas de la época de Luis Felipe. Así se explican, se dice, las rutinas campesinas: los padres van al campo, dejando a los hijos en manos de los abuelos. Yo tomaba la salida con una desventaja de ochenta años. ¿Debo lamentarlo? No lo sé: en nuestras sociedades en movimiento los retrasos a veces se convierten en una ventaja. Sea lo que sea, me dieron un hueso de roer y lo he trabajado tanto que veo la luz a través de él. Disimuladamente, mi abuelo quiso cubrir de descrédito a los autores, esos intermediarios. Obtuvo el resultado contrario: confundí el talento y el mérito. Esa buena gente se parecía a mí: cuando me comportaba bien, cuando aguantaba valientemente un dolor, tenía derecho a elogios, a recompensas; era la infancia. Karl Schweitzer me hizo conocer a otros niños, como yo vigilados, probados, recompensados, que habían sabido conservar mi edad durante toda su vida. Sin hermano ni hermana, sin compañeros, hice de ellos mis primeros amigos. Habían amado, habían sufrido grandemente como los héroes de sus novelas, y sobre todo habían terminado bien; yo evocaba sus tormentos con un enternecimiento un poco alegre: ¡cómo debían de gozar cuando se sentían desgraciados!; seguramente se decían: “¡Qué suerte! Un bello verso va a nacer”.

Para mí no estaban muertos, o por lo menos no completamente: se habían metamorfoseado en libros. Corneille

era un coloradote, rugoso, de lomo de cuero, que olía a goma. Ese personaje incómodo y severo, de palabras difíciles, tenía ángulos que me herían las piernas cuando lo transportaba. Pero, apenas abierto, me ofrecía sus grabados, sombríos y dulces como confidencias. Flaubert era uno pequeño forrado en tela, inodoro, con pecas. Victor Hugo el múltiple anidaba en todos los estantes. Eso en cuanto a los cuerpos; en cuanto a las almas, habitaban en todas las obras: las páginas eran ventanas, un rostro se pegaba afuera contra el vidrio, alguien me espiaba; yo fingía no darme cuenta, continuaba leyendo, con los ojos clavados en las palabras bajo la mirada fija del difunto Chateaubriand. Estas inquietudes no duraban mucho; el resto del tiempo yo adoraba a mis compañeros de juego. Los puse por encima de todo y no me asombré cuando me contaron que Carlos Quinto había recogido el pincel del Ticiano: ¿qué tenía de raro? Para eso estaban hechos los príncipes. Sin embargo, no los respetaba: ¿iba a alabarlos por ser grandes? No hacían más que cumplir con su deber. Reprobaba al resto de los hombres por ser pequeños. En resumen, yo había entendido todo al revés y convertía la excepción en regla: la especie humana me parecía como un comité restringido rodeado de animales afectuosos. Además, mi abuelo los trataba tan mal que me era difícil tomarlos totalmente en serio; había dejado de leer desde la muerte de Victor Hugo; cuando no tenía nada que hacer, releía. Pero su oficio era traducir. En lo profundo de su corazón, el autor de *Deutsches Lesebuch* tomaba la literatura universal como su material de

trabajo. De dientes afuera, clasificaba a los autores por orden de mérito, pero esa jerarquía de fachada no lograba disimular el carácter utilitario de sus preferencias: Maupassant suministraba a los alumnos alemanes las mejores versiones; Goethe, seguido de cerca por Gottfried Keller, era inigualable en los temas. En su calidad de humanista, mi abuelo tenía en poca estima las novelas; como profesor, las valoraba altamente por su vocabulario. Terminó por no soportar sino los trozos escogidos y así pude verlo, algunos años después, deleitarse con un resumen de *Madame Bovary* hecho por Mironneau para sus *Lecturas*, cuando Flaubert completo llevaba veinte años esperando su buena disposición. Sentía que mi abuelo vivía de los muertos, lo que no dejaba de complicar mis relaciones con los autores: so pretexto de rendirles culto, los mantenía encadenados y no se privaba de cortarlos en pedazos para pasarlos de una lengua a otra de manera más cómoda. Descubrí al mismo tiempo la grandeza y la miseria de los autores. Mérimée, para su desgracia, se adaptaba muy bien al Curso Medio; llevaba en consecuencia una doble vida: en la cuarta hilera de la biblioteca, Colomba era una fresca paloma con cien alas, helada, que se ofrecía y era sistemáticamente ignorada; ninguna mirada la desfloró jamás. Pero, en el anaquel inferior, esa misma virgen estaba aprisionada en un librero oscuro y maloliente; ni la historia ni la lengua habían cambiado, pero había notas en alemán y un léxico; de otra parte, supe que había sido editado en Berlín, un escándalo apenas igualado por la violación de Alsacia-Lorena. Dos veces

por semana mi abuelo ponía ese libro en su cartera, estaba lleno de manchas, trazos rojos, quemaduras, y yo lo detestaba: era Mérimée humillado. Con sólo abrirlo me moría de aburrimiento: bajo mi mirada, cada sílaba se separaba de la anterior y de la siguiente como cuando, en el Instituto, era pronunciada por mi abuelo. Impresos en Alemania, para ser leídos por alemanes, estos signos, familiares e irreconocibles, no eran otra cosa que la falsificación de las palabras francesas. Un caso más de espionaje: habría bastado raspar un poco para descubrir, bajo el disfraz galo, los vocablos alemanes al acecho. Acabé preguntándome si no existirían dos Colombas, la una indómita y auténtica, la otra falsa y didáctica, de la misma manera que había dos Isoldas.

Las tribulaciones de mis camaraditas me convencieron de que yo era su par. Yo no tenía ni sus dones, ni sus méritos, y todavía ni siquiera se me ocurría escribir, pero como nieto de clérigo los aventajaba por mi nacimiento; no me cabía duda de que yo estaba predestinado: no exactamente a sus martirios un poco escandalosos pero sí a algún sacerdocio; sería un centinela de la cultura, como Charles Schweitzer. Además, yo estaba vivo, y era muy activo: todavía no sabía cortar a pedazos a los muertos pero les imponía mis caprichos: los tomaba en mis brazos, los cargaba, los ponía en el piso, los abría, los volvía a cerrar, los sacaba de la nada y los volvía a hundir en ella. Esos colosos eran mis muñecas, me compadecía de esa miserable supervivencia congelada que era su inmortalidad. Mi abuelo estimulaba esa familiaridad: los niños son seres inspirados, nada

tienen que envidiarles a los poetas que no son más que niños. Courteline me encantaba: iba a buscar a la sirvienta a la cocina para leerle en voz alta *Teodoro busca cerillas*. Mi gran afición por este autor divertía a los adultos, que solícitamente la impulsaron y la convirtieron en una pasión pública. Un buen día mi abuelo me dijo en tono despreocupado: “Courteline debe de ser un buen tipo. Si te gusta tanto, ¿por qué no le escribes?” Le escribí. Charles Schweitzer guió mi pluma y decidió dejar en mi carta algunos errores de ortografía. Hace unos años, los periódicos la reprodujeron, y no pude evitar cierta irritación al leerla. Me despedía con estas palabras: “vuestro futuro amigo” que me habían parecido muy naturales: si Voltaire y Corneille eran mis familiares, ¿podía rehusar mi amistad un autor *vivo*? Courteline la rehusó e hizo bien; al responderle al niño se habría dirigido al abuelo. En ese entonces juzgamos severamente su silencio. “Admito, dijo Charles, que se puede estar muy ocupado; pero aunque el diablo se atravesase hay que responderle a un niño”.

Hoy todavía me queda ese vicio menor: la familiaridad. Trato sin miramientos a esos ilustres difuntos; sobre Baudelaire, sobre Flaubert, me expreso sin rodeos, y cuando me critican siempre me provoca responder: “No se meta en nuestros asuntos. Esos que usted considera genios me han pertenecido, los he tenido en mis manos, los he amado con pasión y con toda reverencia. ¿Tengo que tratarlos ahora con guantes?” Pero del humanismo de Karl, de ese humanismo de prelado, me liberé el día que comprendí que todo hombre es el

hombre. Son tristes esas curaciones: el lenguaje pierde su magia; los héroes de la pluma, mis viejos amigos, despojados de sus privilegios, caen por tierra: dos veces les he hecho el duelo.

Lo que acabo de escribir es falso. O tal vez verdadero. O ni verdadero ni falso, como todo lo que se escribe sobre los locos, sobre los hombres. He relatado los hechos con la mayor exactitud que me permitía la memoria. Pero, ¿hasta qué punto creía en mi delirio? Es la pregunta fundamental y, sin embargo, no depende de mí responderla. He visto después que se puede conocer todo acerca de nuestros afectos, menos su fuerza, es decir, su sinceridad. Ni siquiera los actos sirven para medirla, salvo que se pruebe que no son gestos, lo que no siempre es posible. Piénsese en esto: estando solo entre adultos, yo era un adulto en miniatura con lecturas de adulto; esto suena ya falso, porque en el mismo momento yo seguía siendo un niño. No quiero decir que fuera culpable: era así, es todo. Eso no impide que mis exploraciones y mis búsquedas formaran parte de la Comedia familiar, que se gozara con esa comedia, que yo lo supiera: sí, yo lo sabía, cada día un niño maravilloso reanimaba esos signos mágicos que su abuelo no leía más. Vivía por encima de mi edad como se vive por encima de sus medios: con celo, con fatiga, costosamente, por ostentación. Apenas transponía la puerta de la biblioteca me encontraba en el vientre de un viejo inerte: el enorme escritorio, la carpeta, las manchas de tinta, rojas y negras sobre el secante rosado, la regla, el pote de goma, el olor reconcentrado del tabaco y, en invierno, el fuego de la

estufa y su incesante crepitar; la biblioteca era Karl en persona, materializado: eso bastaba para ponerme en estado de gracia, corría a los libros. ¿Sinceramente? ¿Qué quiere decir eso? ¿Cómo podría yo juzgar, sobre todo después de tantos años, la inasible y movediza frontera que separa la posesión de la comedia? Me acostaba boca abajo, frente a la ventana, con un libro abierto ante mí, un vaso de agua avinada a mi derecha, un pastel de dulce sobre un asiento, a mi izquierda. Hasta cuando estaba solo representaba: Anne-Marie, Karlimami habían dado vuelta a esas páginas antes de que yo naciera, era su saber el que se extendía bajos mis ojos; por la noche, me interrogaban: “¿Qué leíste? ¿Qué entendiste?”. Yo lo sabía, estaba de parto, pariría un comentario infantil. Huir de los mayores en la lectura era la mejor forma de comunicarse con ellos; aunque estaban ausentes, su futura mirada penetraba en mí por el occipucio, salía por las pupilas, y arrojaba por el suelo esas frases que ellos habían leído cien veces y que yo estaba leyendo por primera vez. Siendo visto, me veía: yo me veía leer como uno se oye hablar. ¿Había cambiado mucho desde el tiempo en que fingía leer “el chino en China” sin conocer el alfabeto? No: el juego continuaba. La puerta se abría a mis espaldas, venían a ver “en qué estaba trabajando”: trampeaba, me paraba de un salto, ponía a Musset en su lugar y seguidamente, empujado en la punta de los pies, los brazos levantados, iba a tomar al pesado Corneille; mi pasión se medía por mis esfuerzos, oía detrás de mí una voz admirada cuchichear: “¿Cómo le gusta Corneille!” No me gustaba, detestaba

los alejandrinos. Por fortuna, el editor no había publicado *in extenso* sino las tragedias más célebres; de las otras daba sólo el título y el argumento analítico; era lo que me interesaba: “Rodelinde, esposa de Pertharite, rey de los lombardos vencido por Grimoald, es presionada por Unulphe para que acepte por esposo al príncipe extranjero...” Conocí a Rodogune, Théodoro, Agésilas antes que al Cid, antes que a Cinna; me llenaba la boca con nombres sonoros, el corazón con sentimientos sublimes y me cuidaba de no confundir los lazos de parentesco. Decían también: “Este pequeño tiene sed de instruirse; ¡devora el Larousse!”, y yo dejaba que hablaran. Pero apenas si me instruía: había descubierto que el diccionario contenía resúmenes de las piezas y las novelas, y me deleitaba con ellos.

Me gustaba agradar y quería tomar baños de cultura. Cada día me recargaba de energía sagrada. A veces distraídamente: me bastaba prosternarme y dar vuelta a las páginas; las obras de mis amiguitos los autores me servían a menudo de tarabillas de oración. Al mismo tiempo, sentía horrores y placeres *de verdad*. A veces me olvidaba de mi papel y me precipitaba vertiginosamente arrastrado por una ballena enloquecida que no era otra que el mundo. ¿Qué concluir de ello? En todo caso, mi mirada trabajaba las palabras: había que ensayarlas, decidir su sentido; a la larga, la Comedia de la cultura me cultivaba.

Tenía sin embargo *verdaderas* lecturas: fuera del santuario, en nuestro cuarto o debajo de la mesa del comedor; a nadie se las mencionaba, y nadie, salvo mi madre, me hablaba de ellas. Anne-

Marie había tomado en serio mis falsos arrebatos. Confió su preocupación a su madre, que se alió con ella: “Charles no es razonable, dijo. Es él quien induce al chico, yo lo he visto. ¿Qué haremos cuando se quede seco?” Las dos mujeres hablaron de *surmenage* y de meningitis. Hubiera sido peligroso y vano atacar de frente a mi abuelo: lo hicieron de manera sesgada. En uno de nuestros paseos, Anne-Marie se detuvo como al azar en un quiosco que se encuentra todavía en el cruce del bulevar Saint-Michel y la calle Soufflot: vi unas imágenes maravillosas, sus colores chillones me fascinaron, las pedí, las obtuve; la movida estaba hecha: todas las semanas quería *Cri-Cri*, *L’Epatant*, *Les Vacances*, *Les Trois Boy-scouts* de Jean de la Hire y *Le Tour du Monde en Aéroplane* de Arnould Galopin, que aparecían los jueves en fascículos. De jueves a jueves pensaba en el Águila de los Andes, en Marcel Dunot, el boxeador de puños de acero, en Christian el aviador, mucho más que en mis amigos Rabelais y Vigny. Mi madre se dedicó a buscar obras que me devolvieran a la infancia; me consiguió primero los “libritos rosas”, después las selecciones de cuentos de hadas, y poco a poco *Los hijos del Capitán Grant*, *El último de los mohicanos*, *Nicolás Nickleby*, *Las cinco monedas de Lavadère*. Yo prefería las extravagancias de Paul d’Ivoi a la circunspección exagerada de Julio Verne. Pero, cualquiera que fuera el autor, adoraba las obras de la colección Hetzel, pequeños teatros cuya cubierta roja con borlas de oro representaba el telón: los reflejos de sol sobre el canto eran las candilejas. A estas cajas mágicas —que no a las frases equilibradas de Chateau-

brand— debo mis primeros encuentros con la Belleza. Cuando las abría me olvidaba de todo, ¿era eso leer? No, era morir de éxtasis: de mi abolición surgían al punto indígenas provistos de saetas, matorrales, un explorador con un casco blanco. Yo era pura *visión*, inundaba de luz las bellas mejillas oscuras de Aouda, las patillas de Philéas Fogg. Liberado al fin de sí mismo, el niño maravilloso se convertía en puro deslumbramiento. A cincuenta centímetros del suelo nacía una felicidad sin sujeciones, perfecta. El Nuevo Mundo parecía ante todo más inquietante que el Viejo; se pillaba, se mataba; la sangre corría a chorros. Indios, hindúes, mohicanos, hotentotes raptaban a la muchacha, amarraban a su anciano padre y prometían darle muerte en medio de los más atroces suplicios. Era el Mal puro. Pero no aparecía sino para prosternarse ante el Bien: en el capítulo siguiente, todo se arreglaba. Blancos valerosos hacían una masacre con los indígenas, soltaban las ataduras del padre que se arrojaba en los brazos de su hija. Sólo los malos morían —y algunos buenos secundarios cuya muerte figuraba entre los costos menudos de la historia. Por lo demás, la muerte misma era aséptica: se caía con los brazos en cruz, con un pequeño agujero redondo a la izquierda del pecho o, si el fusil todavía no había sido inventado, los culpables eran pasados “a espada”. Me gustaba ese bello giro: imaginaba la centella recta y blanca, la lámina que penetraba el cuerpo como si fuera de mantequilla y que salía por la espalda, el cuerpo del bandido que se desplomaba sin perder una sola gota de sangre. A veces, la muerte era incluso risible: como

la de ese sarraceno que, en *La Filleule de Roland*, creo, arrojaba su caballo contra el de un cruzado; el paladín le descargaba sobre la cabeza un sablazo que lo abría de arriba abajo; una ilustración de Gustave Doré representaba esa peripecia. ¡Qué placer! Las dos mitades del cuerpo, separadas, empezaban a caer describiendo cada una un semicírculo a partir de los estribos; el caballo, asustado, se encabritaba. Durante muchos años no pude ver ese grabado sin reírme hasta las lágrimas. En fin, tenía lo que necesitaba: el Enemigo, odioso, pero en fin de cuentas inofensivo puesto que sus proyectos eran frustrados e incluso, a pesar de sus esfuerzos y de su astucia diabólica, servían la causa del Bien; yo constataba, en efecto, que el retorno al orden se acompañaba siempre de un progreso: los héroes eran recompensados, recibían honores, muestras de admiración, dinero; gracias a su intrepidez, un territorio era conquistado, un objeto de arte era quitado a los indígenas y llevado a los museos; la muchacha se enamoraba del explorador que le había salvado la vida, todo terminaba con un matrimonio. De estas revistas y de estos libros extraje mi fantasmagoría más íntima: el optimismo.

Esas lecturas permanecieron clandestinas durante mucho tiempo; Anne-Marie ni siquiera tuvo que advertírmelo: yo era consciente de su indignidad y no le dije ni una palabra a mi abuelo. Yo me envilecía, me tomaba libertades, iba de vacaciones al burdel sin olvidar sin embargo que mi verdad permanecía en el templo. ¿Para qué escandalizar al sacerdote con la confesión de mis extravíos? Karl terminó por sorprenderme; empezó

a recriminar a las mujeres y éstas, en un momento en que hizo una pausa, aprovecharon para responsabilizarme: yo había visto las revistas, las novelas de aventuras, las había querido, reclamado, ¿podían ellas rehusármelas? Esta hábil mentira ponía a mi abuelo contra el muro: era yo, yo solo el que engañaba a Colomba con esas mujerzuelas pintarrajeadas. Yo, el niño profético, la joven pitonisa, el Eliacín de las Bellas Letras, manifestaba una inclinación frenética por la infamia. Le tocaba a él escoger: o yo no profetizaba en modo alguno, o debía respetar mis gustos sin tratar de comprenderlos. Como Padre, Charles Schweitzer hubiera quemado todo; como abuelo, optó por una indulgencia apesadumbrada. Yo no pedía más y continué tranquilamente con mi doble vida. No ha cesado nunca: hoy todavía leo con más gusto la “Serie Negra” que a Wittgenstein.

En mi isla aérea yo era el primero, el incomparable: cuando me sometieron a las reglas comunes, caí al último puesto.

Mi abuelo decidió matricularme en el Liceo Montaigne. Una mañana me llevó donde el rector y le ponderó mis méritos: mi único defecto era estar demasiado avanzado para mi edad. El rector aceptó todo: me pusieron en octavo y creí que por fin iba a relacionarme con niños de mi edad. Pero no: después del primer dictado, mi abuelo fue convocado urgentemente por la administración; regresó furioso, sacó de su cartera un papel lleno de garabatos, de borrones y lo arrojó sobre la mesa: era la copia que yo había entregado. Le

habían señalado la ortografía –“le lapen çovache ême le ten”– y habían tratado de hacerle comprender que mi lugar era el décimo preparatorio.* Ante “le lapen çovache” mi madre no pudo contener la risa, pero mi abuelo la paró en seco con una mirada terrible. Me acusó primero de mala voluntad, después declaró que se habían equivocado sobre mí; al otro día me sacó del colegio y se peleó con el rector.

Yo no había entendido nada de este asunto y mi fracaso no me afectó en lo más mínimo: yo era un niño prodigio que no sabía ortografía, eso era todo. Por lo demás, regresé sin pena a mi soledad: amaba mi mal. Sin siquiera darme cuenta, había perdido la oportunidad de volverme verdadero: el señor Liévin, un institutor parisiense, fue encargado de darme lecciones particulares; venía casi todos los días. Mi abuelo me había comprado un juego de escritorio, compuesto por un banco y un pupitre de madera blanca. Me sentaba en el banquito y el señor Liévin se paseaba dictándome. Se parecía a Vincent Auriol y mi abuelo pretendía que era Hermano-Grado-Tres; “cuando le doy los buenos días –nos decía con la repugnancia asustada de un hombre decente sometido a los avances de un homosexual– traza en mi palma el triángulo masónico con su pulgar”. Yo lo detestaba porque se abstenía de mimarme: creo que, no sin razón, me tomaba por un retardado. Desapareció, ya no sé por qué; tal vez le había confiado a alguien su opinión sobre mí.

Pasamos un tiempo en Arcachon y fui a la escuela comunal; los principios democráticos de mi abuelo así lo exigían. Pero quería también que me mantuvieran apartado del vulgo. Me recomendó al institutor en estos términos: “Mi querido colega, le confío lo más querido que tengo”. El señor Barrault tenía chivera y quevedos: venía a beber moscatel en nuestra casa y parecía halagado por la confianza que le demostraba un miembro de la enseñanza secundaria. Me hacía sentar en un pupitre especial, cerca de su mesa, y durante los recreos me mantenía a su lado. Este favoritismo me parecía legítimo; ignoro qué pensaban de ello los “hijos del pueblo”, mis iguales: creo que les tenía sin cuidado. La turbulencia de los muchachos me fatigaba y me parecía distinguido aburrirme junto al señor Barrault mientras ellos jugaban al escondite.

Tenía dos razones para respetar a mi institutor: él quería mi bien y tenía un fuerte aliento. Los mayores deben ser feos, arrugados, desagradables; cuando me levantaban en brazos, no me chocaba tener que vencer cierto fastidio: era la prueba de que la virtud no es fácil. Existían alegrías simples, triviales: correr, saltar, comer pasteles, besar la piel dulce y perfumada de mi madre; pero yo confería mayor valor a los placeres aplicados y difíciles que experimentaba con los hombres maduros: la repulsión que me inspiraban formaba parte de su prestigio; yo confundía el disgusto con el espíritu de seriedad. Era un esnob. Cuando el señor Barrault se inclinaba sobre mí, su aliento me causaba molestias exquisitas, aspiraba con pasión el olor desagradable de sus

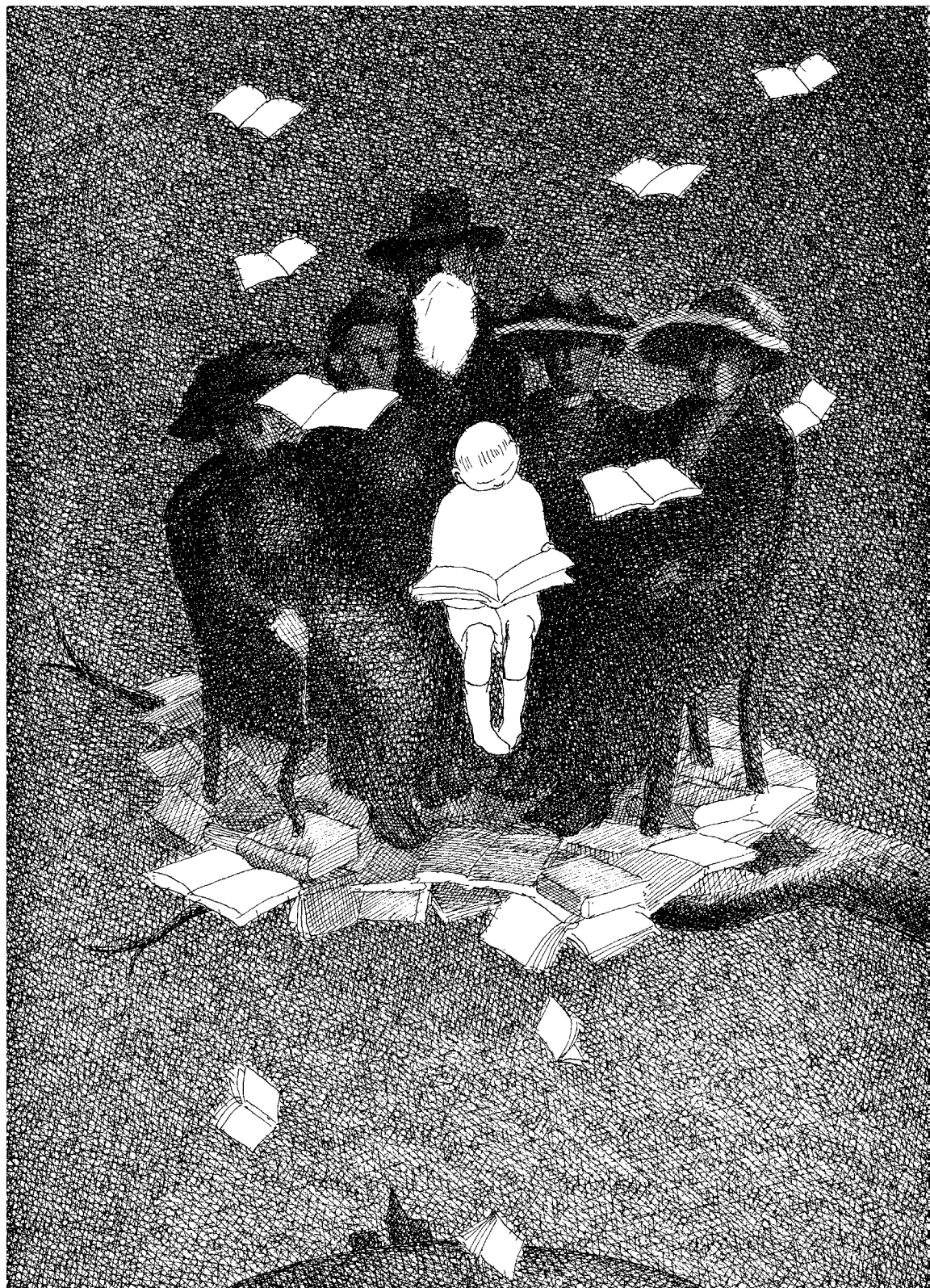
* Ortografía correcta: *Le lapin sauvage aime le thym* (Al conejo salvaje le gusta el tomillo).

virtudes. Un día, vi un letrado fresco en la pared del colegio, me acerqué y leí: “El viejo Barrault es un *con*”.* Mi corazón parecía a punto de estallar, el estupor me dejó clavado en el sitio, sentí miedo. “*Con*” tenía que ser una de esas palabras “feas” que pululaban en los bajos fondos del vocabulario y que un niño bien educado no encuentra jamás; corta y brutal, tenía la horrible simplicidad de las bestias elementales. Ya era demasiado haberla leído: me prohibí pronunciarla, ni siquiera en voz baja. Temía que esa cucaracha pegada a la pared me saltara de pronto a la boca y se metamorfoseara en mi garganta en un trompetazo negro. Tal vez fingiendo no haberla visto desapareciera en un hueco de la pared. Pero cuando volví a mirar fue para encontrar el infame apelativo “el viejo Barrault” que me espantaba todavía más; después de todo, de la palabra “*con*” sólo podía sospechar vagamente el sentido; en cambio, sabía que mi familia usaba la expresión “el viejo tal” para referirse a los jardineros, los carteros, el padre de la criada, en pocas palabras, a la gente del pueblo de alguna edad. Alguien veía al señor Barrault, el institutor, el colega de mi abuelo, bajo el aspecto de un hombre del pueblo. En alguna parte, en alguna cabeza, rondaba ese pensamiento malsano y criminal. ¿En qué cabeza? En la mía, tal vez. ¿No bastaba acaso haber leído el letrado blasfemo para ser cómplice de un sacrilegio? Me parecía

a la vez que un loco cruel se burlaba de mis buenos modales, mi respeto, mi celo, del placer que yo tenía cada mañana cuando me quitaba la gorra diciendo: “Buenos días, señor maestro” y que yo mismo era ese loco, que las palabras vulgares y los pensamientos vulgares pululaban en mi corazón. ¿Qué me impedía, en efecto, gritar a todo pulmón: “Este viejo asqueroso huele como un cerdo”? Murmuré: “El viejo Barrault apesta” y todo se puso a dar vueltas: me alejé llorando. Al otro día, recuperé mi deferencia hacia el señor Barrault, hacia su cuello de celuloide y su lazo de pajarita. Pero cuando se inclinaba sobre mi cuaderno, yo volteaba la cabeza y retenía la respiración.

El otoño siguiente, me madre decidí matricularme en la Institución Poupon. Había que subir una escalera de madera, entrar en una sala del segundo piso; los niños se agrupaban en semicírculo, silenciosamente; sentadas en el fondo de la sala, derechas y con la espalda contra la pared, las madres vigilaban a las maestras. El primer deber de las pobres muchachas que nos enseñaban era repartir de manera igualitaria los elogios y las buenas notas a nuestra academia de prodigios. Si alguna de ellas tenía un gesto de impaciencia o, por el contrario, se mostraba demasiado satisfecha con una buena respuesta, las Señoritas Poupon perdían alumnos, y la profesora perdía su puesto. Éramos treinta académicos que nunca tuvimos tiempo de dirigirnos entre nosotros la palabra. A la salida, cada madre se apoderaba ferozmente del suyo y se lo llevaba corriendo, sin despedirse. Al cabo de un semestre, mi madre me retiró del

* *Con* = coño = imbécil. Dejamos esta palabra en francés por la dificultad de encontrar en español un insulto de origen sexual que sea una palabra corta, como lo exige el comentario que sigue en el texto.



curso: era poco lo que se trabajaba y ella terminó por cansarse de sentir el peso de las miradas de sus vecinas cuando me tocaba el turno de ser felicitado. La señorita Marie-Louise, una joven rubia, de anteojos, que trabajaba ocho horas al día en la Institución Poupon por un salario de hambre, aceptó darme lecciones particulares a domicilio, a escondidas de las directoras. A veces interrumpía los dictados para desahogar su corazón con profundos suspiros: me decía que estaba mortalmente cansada, que vivía en una soledad horrorosa, que hubiera dado cualquier cosa por tener un marido, no importa quién. Terminó también desapareciendo: alegaron que no me enseñaba nada, pero creo que lo decisivo fue que a mi abuelo le parecía calamitosa. Este hombre justo no se negaba a ayudar a los pobres pero no los soportaba bajo su techo. Ya era hora: la señorita Marie-Louise me desmoralizaba. Yo creía que los salarios eran proporcionales al mérito y me decían que ella tenía mérito: ¿por qué entonces le pagaban tan mal? Cuando uno desempeñaba un oficio, se sentía digno y orgulloso, feliz de trabajar: si ella tenía la suerte de trabajar ocho horas diarias, ¿por qué hablaba de su vida como de un mal incurable? Cuando contaba sus quejas, mi abuelo se echaba a reír: era demasiado fea para que un hombre se interesara en ella. Yo no me reía: ¿se podía nacer condenado? En ese caso me habrían mentido: el orden del mundo encubría intolerables desórdenes. Mi malestar desapareció cuando la despidieron. Charles Schweitzer me consiguió profesores más decentes. Tan decentes que los olvidé a todos. Hasta

los diez años, estuve solo entre un anciano y dos mujeres.

Mi verdad, mi carácter y mi nombre estaban en manos de los adultos; había aprendido a verme con sus ojos; yo era un niño, ese monstruo que los adultos fabrican con sus pesares. Cuando se iban, dejaban detrás de ellos su mirada, mezclada con la luz; yo corría, saltaba a través de esa mirada que tenía la virtud de salvaguardar mi naturaleza de nieto modelo, que continuaba ofreciéndome mis juguetes y el universo. En mi lindo globo de cristal, en mi alma, mis pensamientos giraban, sus evoluciones podían seguirse: ni un solo rincón de sombra. No obstante, sin palabras, sin forma ni consistencia, diluida en esta inocente transparencia, una certidumbre transparente lo echaba a perder todo: yo era un impostor. ¿Cómo representar la comedia sin saber que se la representa? Las claras apariencias luminosas que conformaban mi personaje se denunciaban por sí mismas a través de una carencia de ser que yo no podía entender por completo ni dejar de experimentar. Me volvía hacia los mayores, les pedía que garantizaran mis méritos: era hundirme más en la impostura. Condenado a agradar, me adornaba con donaires que se marchitaban al punto; arrastraba todo el tiempo mi falsa llaneza, mi importancia ociosa, al acecho de una nueva oportunidad: creía encontrarla, adoptaba otra actitud y acababa descubriendo en ella la inconsistencia que quería evitar. Mi abuelo dormitaba, envuelto en una manta; a través de sus espesos bigotes yo percibía la desnudez rosada de sus labios, era insoportable: felizmente, se le caían

los anteojos, yo corría a recogerlos. Se despertaba, me tomaba en sus brazos, hacíamos nuestra gran escena de amor: no era ya lo que yo había querido. ¿Qué había querido? Olvidaba todo, hacía mi nido en las zarzas de su barba. Entraba en la cocina, declaraba que quería secar la ensalada; había gritos, risas: “No, querido, así no es. Aprieta bien: eso es Marie, ¡ayúdale!”. Yo era un falso niño, manejaba una falsa secadora de ensalada; sentía que mis actos se convertían en gestos. La Comedia me sacaba del mundo y de los hombres: no veía sino papeles y accesorios teatrales; participando por bufonería en las empresas de los hombres, ¿cómo hubiera podido tomar en serio sus preocupaciones? Me prestaba a sus propósitos con una impaciencia virtuosa que me impedía compartir sus fines. Extraño a las necesidades, las esperanzas, los placeres de la especie, me hundía en un exilio orgulloso que se convertía fácilmente en angustia.

Lo peor era que sospechaba que los adultos eran unos farsantes. Las palabras que me dirigían eran bombones; pero, entre ellos, hablaban en otro tono. Además, sucedía que rompieran contratos sagrados: yo adoptaba la expresión más adorable, de las que estaba más seguro, y me decían con un tono bien real: “Ve a jugar a otra parte, pequeño, estamos hablando”. Otras veces tenía la impresión de que me utilizaban. Mi madre me llevaba al Luxemburgo; el tío Emile, que estaba peleado con toda la familia, aparecía de pronto; miraba a su hermana con un aire melancólico y le decía secamente: “No estoy aquí por ti: es para ver al chico”. Explicaba entonces que yo era el único ser inocente de la

familia, el único que nunca lo hubiera ofendido de un modo deliberado ni condenado con base en hechos falsos. Yo sonreía, embarazado por mi poder y por el amor que había encendido en el corazón de este hombre sombrío. Pero ya el hermano y la hermana empezaban a discutir sus asuntos, exponían sus quejas recíprocas; Emile la emprendía con Charles, Anne-Marie lo defendía, aunque cediendo terreno; pasaban a hablar de Louise, y yo quedaba olvidado en medio de sus sillas metálicas. Yo estaba preparado para admitir —si hubiera tenido la edad suficiente para comprenderlas— todas las máximas de derecha que un anciano de izquierda me había enseñado con sus conductas: que la Verdad y la Fábula son la misma cosa, que es preciso representar la pasión para sentirla, que el hombre es un ser de ceremonias. Me habían persuadido de que fuimos creados para hacernos la comedia unos a otros; yo aceptaba la comedia pero pedía el papel principal: ahora bien, en ciertos momentos fulgurantes que me dejaban aniquilado, advertía que me habían dado un falso papel principal, con un texto, mucha presencia, pero ninguna escena “para mí”, en una palabra, que yo daba la réplica a los adultos. Charles me halagaba para engañar a la muerte; en mi petulancia, Louise encontraba una justificación para sus enojos, como Anne-Marie para su humildad. Sin mí, de todos modos, sus padres hubieran acogido a mi madre, su delicadeza la hubiera entregado sin defensas al dominio de Mami; sin mí, Louise hubiera rabiado, Charles se hubiera maravillado ante el monte Cervin, ante los meteoros o los hijos de

otros. Yo era la causa ocasional de sus discordias y de sus reconciliaciones; las causas profundas estaban en otra parte: en Mâcon, en Gunsbach, en Thiviers, en un viejo corazón que se engrasaba, en un pasado muy anterior a mi nacimiento. Yo les reflejaba la unidad de la familia y sus viejas contradicciones; ellos utilizaban mi divina infancia para llegar a ser lo que eran. Me invadió un estado de desazón: en el momento en que sus ceremonias me persuadían de que nada existe sin razón y que todos, desde el más grande hasta el más pequeño, tienen su lugar señalado en el Universo, mi propia razón de ser se me escapaba; descubrí de pronto que yo no contaba realmente y me avergoncé de mi presencia insólita en este mundo en orden.

Un padre me habría cargado con el peso de algunas obstinaciones duraderas; convirtiendo sus humores en mis principios, su ignorancia en mi saber, sus rencores en mi orgullo, sus caprichos en mi ley, me habría habitado; ese inquilino respetable me habría dado el respeto por mí mismo. Sobre el respeto, yo habría fundado mi derecho a vivir. Mi progenitor habría decidido mi porvenir: politécnico de nacimiento, me habría sentido tranquilo para siempre. Pero si Jean-Baptiste Sartre había conocido mi destino, se llevó el secreto a la tumba; mi madre sólo recordaba que había dicho: "Mi hijo no ingresará a la Marina". A falta de informes más precisos, nadie, empezando por mí, sabía para qué diablos había yo nacido. Si me hubiera dejado bienes, mi infancia habría sido distinta; no escribiría porque sería otro. Los campos y la casa reenvían al joven heredero una imagen estable

de sí mismo; se toca en *su* grava, en los vidrios rombales de *su* mirador y convierte la inercia de sus propiedades en la sustancia inmortal de su alma. Hace unos días, en el restaurante, el hijo del dueño, un muchachito de siete años, le gritaba a la cajera: "Cuando mi padre no está, el Patrón soy yo". ¡He ahí un hombre! A la edad de ese niño, yo no mandaba a nadie y nada me pertenecía. Las pocas veces que me mostraba derrochador, mi madre me susurraba: "Ten cuidado. No estamos en nuestra casa". Nunca estuvimos en nuestra casa: ni en la calle Le Goff ni después, cuando mi madre se volvió a casar. Yo no sufría por ello puesto que me daban todo; pero permanecía como un ser abstracto. Al propietario, los bienes de este mundo le reflejan lo que él es: a mí me reflejaban lo que yo no era: *yo no era* consistente ni permanente; *yo no era* el futuro continuador de la obra paterna, *yo no era* necesario para la producción del acero; en una palabra, yo no tenía alma.

Las cosas habrían marchado bien si yo hubiera tenido buenas relaciones con mi cuerpo. Pero él y yo formábamos una extraña pareja. En la miseria, el niño no se interroga: experimenta *corporalmente* las necesidades y las enfermedades, su injustificable condición justifica su existencia, es el hambre, es el peligro de muerte los que fundan su derecho a vivir: vive para no morir. Yo, por mi parte, no era ni bastante rico para creerme predestinado ni bastante pobre para sentir mis deseos como exigencias. Cumplía mis deberes alimenticios y Dios me concedía a veces —raramente— esa gracia que permite comer sin disgusto:

el apetito. Respirando, digiriendo, defecando con despreocupación, yo vivía porque había comenzado a vivir. Mi cuerpo no me hacía conocer ni violencias ni reclamos salvajes: ese compañero cebado no se manifestaba sino por vagos malestares, muy solicitados además por las personas mayores. En ese tiempo, toda familia distinguida debía tener por lo menos un niño delicado. Yo estaba bien hecho para ese papel puesto que había estado a punto de morir en la primera infancia. Me vigilaban, me tomaban el pulso, la temperatura, tenía que sacar la lengua: “¿No te parece que está un poco pálido?” “Es la luz”. “Te aseguro que ha enflaquecido”. “Pero, papá, lo pesamos ayer”. Bajo estas miradas inquisidoras, sentía que me convertía en un objeto, una flor en un tiesto. Para terminar, me hacían guardar cama. Sofocado de calor, asado bajo las cobijas, confundía mi cuerpo con su malestar: de los dos, no sabía cuál era el indeseable.

El señor Simonnot, colaborador de mi abuelo, almorzaba los jueves en nuestra casa. Yo envidiaba a ese quincagenario de mejillas de muchacha que se enceraba el bigote y se teñía el copete: cuando Anne-Marie, para mantener la conversación, le preguntaba si le gustaba Bach, si le agradaba el mar, las montañas, si tenía un buen recuerdo de su pueblo natal, él se daba tiempo para reflexionar y dirigía su mirada interior al macizo granítico de sus gustos. Cuando había obtenido la información solicitada, se la comunicaba a mi madre con una voz objetiva acompañada de movimientos afirmativos de la cabeza. ¡Qué hombre afortunado!, debía despertar cada mañana

jubiloso, pensaba yo, repasar desde un Punto Sublime sus picos, sus crestas y sus valles, luego estirarse voluptuosamente diciendo: “Sí, soy yo: el señor Simonnot de cuerpo entero”. Naturalmente, yo era capaz, cuando me interrogaban, de dar a conocer mis preferencias e incluso afirmarlas; pero, cuando estaba solo, se me escapaban: lejos de *constatarlas*, era preciso darles apoyo y empujarlas, insuflarles vida; ni siquiera estaba seguro de preferir el filete de vaca al asado de ternera. ¡Cuánto no hubiera dado yo por que se instalara en mí un paisaje atormentado, con obstinaciones verticales como acantilados! Cuando la señora Picard, usando un vocabulario a la moda, decía refiriéndose a mi abuelo: “Charles es un ser exquisito”, o bien “No se conoce a los seres”, me sentía condenado sin remedio. Las piedras del Luxemburgo, el señor Simonnot, los castaños, Karlímami, eran seres. Yo no: no tenía ni su inercia ni su profundidad e impenetrabilidad. Yo era *nada*: una transparencia inefable. Mi envidia no tuvo límites cuando supe que el señor Simonnot, esa estatua, ese bloque monolítico, era además indispensable al universo.

Era un día de fiesta. En el Instituto de Lenguas Vivas la gente aplaudía bajo la luz cambiante de una lámpara Auer, mi madre tocaba a Chopin, todo el mundo hablaba francés por órdenes de mi abuelo: un francés lento, gutural, con elegancia exangüe y la pompa de una oratoria. Yo volaba de mano en mano, sin tocar tierra; me ahogaba contra el seno de una novelista alemana cuando mi abuelo, desde lo alto de su gloria, dejó caer un veredicto

que me golpeó el corazón: “Aquí falta alguien: Simonnot”. Me escapé de los brazos de la novelista, me refugié en un rincón, los invitados desaparecieron; en el centro de un anillo tumultuoso, vi una columna: el señor Simonnot mismo, ausente en carne y hueso. Esa ausencia prodigiosa lo transfiguraba. Era difícil que el Instituto estuviera completo: algunos alumnos estaban enfermos, otros se habían excusado; pero no eran más que hechos accidentales, desdeñables. Simonnot, él sólo, *faltaba*. Había bastado que se pronunciara su nombre para que, en esa sala repleta, el vacío penetrara como un cuchillo. Me maravillé de que un hombre tuviera su propio lugar. Su lugar: una nada abierta por la espera universal, un vientre invisible del que, súbitamente, parecía que se pudiera renacer. Sin embargo, si él hubiera brotado de la tierra, en medio de ovaciones, si incluso las mujeres se hubieran arrojado sobre él para besar su mano, yo me habría sentido desilusionado: la presencia carnal es siempre excedentaria. Virgen, reducido a la pureza de una esencia negativa, conservaba la transparencia irreductible del diamante. Puesto que era mi suerte estar a cada instante situado entre determinadas personas, en determinado lugar de la tierra y saberme superfluo, yo quería hacer falta como el agua, como el pan, como el aire para todos los hombres en todos los demás lugares.

Este anhelo volvió todos los días a mis labios. Charles Schweitzer ponía la necesidad en todas partes para encubrir una angustia que nunca se me reveló mientras estuvo vivo y que apenas comienzo a adivinar. Todos sus

colegas sostenían el cielo. Entre estos Atlas había gramáticos, filólogos y lingüistas, estaba el señor Lyon-Caen y el director de la *Revue Pédagogique*. Hablaba de ellos sentenciosamente para hacernos ver su importancia: “Lyon-Caen conoce su asunto. Su lugar está en el Instituto”; o todavía: “Shurer se vuelve viejo; esperemos que no cometan el error de jubilarle: la Facultad no sabe lo que perdería”. Rodeado de viejos irremplazables cuya próxima desaparición iba a hundir a Europa en el duelo y quizás en la barbarie, qué no hubiera dado yo por oír una voz fabulosa declarar solemnemente en mi corazón: “Este pequeño Sartre conoce su asunto; si llegara a desaparecer, Francia no sabe lo que perdería”. La infancia burguesa vive en la eternidad del instante, es decir, en la inacción: yo quería ser un Atlas de inmediato, para siempre y desde siempre, ni siquiera podía concebir que hubiera que trabajar para llegar a serlo; necesitaba una Corte Suprema, un decreto que me restaurara en mis derechos. ¿Pero dónde estaban los magistrados? Mis jueces naturales se habían descalificado con sus farsas; yo los recusaba, pero no veía otros.

Sintiéndome un bicho estupefacto, sin fe, sin ley, sin razón ni propósito, me evadía en la comedia familiar, girando, corriendo, volando de impostura en impostura. Huía de mi cuerpo injustificable y de sus deprimentes confidencias; bastaba que el trompo chocase contra un obstáculo y se detuviera para que el pequeño comediante frenético recayera en un estupor animal. Unas buenas amigas de mi madre le dijeron que yo estaba triste, que me habían visto

pensativo. Mi madre me apretó contra su regazo sonriendo: “Tú que eres tan alegre, que siempre estás cantando, ¿de qué podrías quejarte?” Tenía razón: un niño mimado no se entristece; se aburre como un rey. Como un perro.

Soy un perro: bostezo, me ruedan las lágrimas, las siento correr. Soy un árbol, el viento golpea mis ramas y las agita vagamente. Soy una mosca, trepo por un vidrio, resbalo, vuelvo a trepar. A veces siento la caricia del tiempo que pasa, otras veces —más a menudo— siento que no pasa. Los minutos temblorosos se suceden, me devoran y no acaban de morir; podridos pero todavía vivos son barridos, otros los reemplazan, más frescos pero igualmente vanos; estos hastíos se llaman la felicidad; mi madre me repite que yo soy el niño más feliz. ¿Cómo no creerle, *si es verdad*? No pienso nunca sobre mi estado de desamparo; ante todo, no hay palabra para nombrarlo; además no lo veo: me envuelve por completo. Es la trama de mi vida, la materia de mis placeres, la carne de mis pensamientos.

Veía la muerte. A los cinco años me acechaba; en la noche, rondaba por el balcón, pegaba el hocico contra los cristales, la veía pero no me atrevía a decir nada. Una vez, en el Quai Voltaire, nos encontramos con ella, era una anciana grande y loca, vestida de negro, masculló a mi paso: “A este niño me lo voy a meter en el bolsillo”. Otra vez cobró la forma de una excavación: fue en Arcachon; Karlimami y mi madre estaban visitando a la señora Dupont y a su hijo Gabriel, el compositor. Yo jugaba en el jardín de la villa, con un poco de miedo porque me habían di-

cho que Gabriel estaba enfermo y que iba a morir. Caracoleaba sin mucho entusiasmo alrededor de la casa, jugando a ser un caballo. De pronto, vi un hueco tenebroso: habían abierto el sótano; no sé qué evidencia de soledad y de horror me encegueció: di media vuelta y, cantando a voz en cuello, me escapé. En esa época, todas las noches tenía cita con ella en mi lecho. Era un rito: debía acostarme sobre el lado izquierdo, de cara a la pared; esperaba, tembloroso, y ella se me aparecía en la forma convencional de un esqueleto con su guadaña; me era permitido entonces voltearme sobre el lado derecho, ella se iba, yo podía dormir tranquilo. Durante el día, la reconocía detrás de los disfraces más diversos: si a mi madre se le ocurría cantar en francés *Le Roi des Aulnes*, me tapaba los oídos; después haber leído *L'Ivrogne et sa femme* estuve seis meses sin abrir las fábulas de La Fontaine. La malvada se burlaba de mí: oculta en un cuento de Mérimée, *La Venus d'Ille*, esperaba que yo lo leyese para saltarme a la garganta. Ni los entierros ni las tumbas me inquietaban; por esa época mi abuela Sartre cayó enferma y murió; mi madre y yo, enterados por un telegrama, fuimos a Thiviers antes de que muriera. Prefirieron mantenerme apartado de los lugares en que esa larga existencia desdichada acababa de deshacerse; unos vecinos se encargaron de mí, me alojaron, para distraerme me dieron juegos instructivos, mortalmente aburridos. Yo jugaba, leía, puse todo mi empeño en dar muestras de un recogimiento ejemplar pero no sentía nada. Tampoco sentí nada cuando seguimos la carroza mortuoria hasta el cementerio. La Muerte brillaba

por su ausencia: fallecer no era morir; la metamorfosis de esta anciana en losa funeraria no me desagradaba; era una transubstanciación, un acceso al ser, era como si yo me hubiera transformado, pomposamente, en el señor Simonnot. Por esta razón siempre me han gustado, me siguen gustando, los cementerios italianos: allí la piedra es atormentada; es un hombre barroco, se le incrusta un medallón con una foto que recuerda al difunto en su primer estado. Cuando tenía siete años, encontraba por todas partes a la verdadera Muerte, la Parca, pero nunca allí. ¿Qué era la muerte? Una persona y una amenaza. La persona era loca; en cuanto a la amenaza, era así: bocas sombrías que podían abrirse en cualquier lugar, en pleno día, bajo el sol más radiante, y devorarme. Las cosas tenían un reverso horrible; cuando se perdía la razón, se la veía, morir era llevar la locura al colmo y hundirse en ella. Vivía aterrorizado, era una verdadera neurosis. Cuando trato de explicármelo, se me ocurre lo siguiente: niño mimado, don providencial, mi profunda inutilidad me resultaba tanto más manifiesta cuanto que el ritual familiar me parecía de una necesidad forzada. Me sentía de más, por lo tanto tenía que desaparecer. Yo era una insípida florescencia siempre a punto de desaparecer. En otros términos, estaba condenado, en cualquier momento podía cumplirse la sentencia. Yo la rechazaba, empero, con todas mis fuerzas, no porque mi existencia me fuera muy querida sino, al contrario, porque no estaba afirmado en ella: cuanto más absurda es la vida, menos soportable es la muerte.

Dios me habría sacado de penas: yo

habría sido una obra maestra firmada; seguro de cumplir una función en el concierto universal, habría esperado pacientemente que él me revelara sus designios y mi necesidad. Yo presentía la religión, la esperaba, era el remedio. Si me la hubieran negado, la habría inventado por mí mismo. No me la negaban: educado en la fe católica, aprendí que el Todopoderoso me había hecho para su gloria: era más de lo que yo me hubiera atrevido a imaginar. Pero, más tarde, en el Dios de moda que me enseñaron, no reconocí a aquel que mi alma anhelaba: yo necesitaba un Creador y me dieron a cambio un Gran Patrón; los dos no eran sino uno, pero yo lo ignoraba; yo servía sin calor a ese Ídolo fariseo, y la doctrina oficial me quitaba el deseo de buscar mi propia fe. ¡Qué suerte! La confianza y la desolación convertían a mi alma en terreno propicio para que germinara el cielo: sin aquel equívoco, yo sería monje. Pero mi familia había sido tocada por el lento movimiento de descristianización que nació en la alta burguesía volteriana y necesitó un siglo para extenderse a todas las capas de la Sociedad: sin este debilitamiento general de la fe, Louise Guillemin, dama católica de provincia, hubiera tenido más reparos para casarse con un luterano. Naturalmente, en nuestra familia todo el mundo creía: por discreción. Siete u ocho años después del ministerio Combes, la incredulidad declarada conservaba la violencia y la impropiedad de la pasión; un ateo era un tipo raro, un furioso al que no se invitaba a comer por temor a una salida de tono, un fanático lleno de tabúes que se negaba a arrodillarse en las iglesias, a casar allí a sus hijas

y llorar deliciosamente ante el altar, que se esforzaba por probar la verdad de su doctrina por la pureza de sus costumbres, que se encarnizaba contra sí mismo y contra su propia felicidad hasta el punto de privarse de los medios de morir consolado, un maniático de Dios que veía por todas partes Su ausencia y que no podía abrir la boca sin pronunciar Su nombre; en pocas palabras, un caballero con convicciones religiosas. El creyente carecía de ellas: durante dos mil años las certidumbres cristianas habían tenido tiempo para probar su verdad, pertenecían a todos, se esperaba que brillaran en la mirada de un sacerdote, en la penumbra de una iglesia y que iluminaran las almas, pero nadie experimentaba la necesidad de tomarlas por su cuenta: eran un patrimonio común. La Buena Sociedad creía en Dios para no tener que hablar de Él. ¡Qué tolerante era la religión! Cómo era de cómoda: el cristiano podía dejar de ir a misa y casar por la iglesia a sus hijos, sonreír ante las mojigaterías de Saint-Sulpice y verter lágrimas oyendo la *Marcha Nupcial de Lohengrin*; no estaba obligado a llevar una vida ejemplar ni a morir en la desesperación, ni siquiera a hacerse cremar. En nuestro medio, en mi familia, la fe no era más que un nombre ostentoso para la dulce libertad francesa; me habían bautizado, como a todos los otros, para preservar mi independencia: si no lo hubieran hecho, habrían temido violentar mi alma; como católico inscrito, era libre, era un ser normal: “Más tarde, decían, hará lo que quiera”. En ese entonces se consideraba mucho más difícil adquirir la fe que perderla.

Charles Schweitzer era demasiado comediente para prescindir de un Gran Espectador, pero no pensaba verdaderamente en Dios sino en los grandes momentos; seguro de encontrarlo a la hora de la muerte, lo mantenía apartado de su vida. En lo privado, por fidelidad a nuestras provincias perdidas, para gran alegría de los antipapistas, sus hermanos, no perdía ocasión para poner en ridículo el catolicismo: sus conversaciones de mesa se parecían a las de Lutero. Sobre Lourdes nunca se cansaba: Bernadette había visto a “una buena mujer que se cambiaba de camisa”; habían hundido a un parálítico en la piscina y, cuando lo sacaron, “veía por sus dos ojos”. Contaba la vida de San Labre, cubierto de piojos, la de santa María Alacoque, que recogía los excrementos de los enfermos con la lengua. Esos cuentos me sirvieron: la tendencia a elevarme por encima de los bienes de este mundo era tanto más fuerte cuanto que no poseía ninguno y podría haber encontrado fácilmente mi vocación en esa comfortable indigencia; el misticismo les cuadra bien a las personas desplazadas, a los niños supernumerarios: para precipitarme en él, habría bastado con que presentaran las cosas de manera contraria; corría el peligro de caer presa de la santidad. Mi abuelo me quitó el gusto por ella para siempre: la vi con sus ojos, esa locura cruel me asqueó por la fealdad de sus éxtasis, me aterrorizó por su desprecio sádico del cuerpo; las excentricidades de los Santos no tenían más sentido que las de ese inglés que se metió al mar en smoking. Escuchando esos relatos, mi abuela hacía como que se indignaba, llamaba a su marido

“impío” y “hereje”, le daba palmadas en los dedos, pero la indulgencia de su sonrisa acababa de desengañarme; ella no creía en nada; sólo su escepticismo le impedía ser atea. Mi madre se cuidaba de intervenir; tenía “su propio Dios”, al que sólo le pedía consuelo, secretamente. El debate se proseguía en mi cabeza, debilitado: mi otro yo, mi hermano negro, discutía lánguidamente todos los artículos de fe; yo era católico y protestante, unía el espíritu crítico al espíritu de sumisión. En el fondo, todo eso me cansaba: fui llevado a la incredulidad no por el conflicto de los dogmas sino por la indiferencia de mis abuelos. Sin embargo, yo creía: en pijama, de rodillas sobre el lecho, las manos juntas, decía todas las noches mis oraciones pero pensaba en el buen Dios cada vez con menos frecuencia. Los jueves mi madre me llevaba a la Institución del abate Dibildos: yo seguía allí un curso de instrucción religiosa en medio de niños desconocidos. Mi abuelo había hecho tan bien su trabajo que yo miraba a los sacerdotes como bichos curiosos: aunque fueran los ministros de *mi* confesión, me resultaban más extraños que los pastores a causa de sus sotanas y del celibato. Charles Schweitzer respetaba al abate Dibildos –“un hombre honesto”–, al que conocía personalmente, pero su anticlericalismo era tan declarado que yo franqueaba la puerta cochera con la sensación de penetrar en territorio enemigo.

Personalmente, yo no odiaba a los curas: me hablaban poniendo una cara tierna, afinada por la espiritualidad, con un aire de benevolencia maravillada, la mirada infinita que yo apreciaba tanto en

la señora Picard y otras músicas amigas de mi madre; era mi abuelo quien los detestaba por mí. Fue él quien tuvo primero la idea de confiarme a su amigo, el abate, pero examinaba con inquietud al pequeño católico que le traían los jueves por la tarde, buscaba en mis ojos los progresos del papismo y no se privaba de hacerme bromas. Esta falsa situación no duró más de seis meses. Un día le entregué al instructor una composición francesa sobre la Pasión; a mi familia le había encantado y mi madre hizo una copia de su puño y letra. Sólo obtuvo la medalla de plata. Esta decepción me hundió en la impiedad. Por alguna enfermedad dejé de asistir a la Institución Dibildos; después vinieron las vacaciones y, al término de éstas, pedí no volver más. Todavía durante varios años mantuve relaciones públicas con el Todopoderoso; en privado, cesé de relacionarme con él. Una sola vez me pareció que existía. Jugando con fósforos, quemé una alfombrita; estaba a punto de ocultar mi travesura cuando Dios me vio, sentí *Su* mirada en el interior de mi cabeza y sobre las manos: en el baño, horriblemente visible, un blanco viviente empezó a dar vueltas. La indignación me salvó: me sentí furioso ante esa indiscreción tan grosera, blasfemé, murmuré como mi abuelo: “Maldito nombre de Dios, nombre de Dios, nombre de Dios”. Nunca me volvió a mirar.

Acabo de contar la historia de una vocación fallida: necesitaba a Dios, me lo dieron, lo recibí sin comprender que lo buscaba. Al no poder echar raíces en mi corazón, vegetó dentro de mí durante un tiempo, después se murió.

Hoy, cuando me hablan de Él, digo con el tono divertido y sin añoranzas de un anciano que encuentra a una vieja amiga: “Hace cincuenta años, sin ese malentendido, sin ese equívoco, sin el accidente que nos separó, habría podido ocurrir algo entre nosotros”.

No ocurrió nada. No obstante, mis asuntos iban de mal en peor. A mi abuelo le chocaban mis cabellos largos. “Es un muchacho, le decía a mi madre, lo vas a convertir en una niña; yo no quiero que mi nieto se vuelva un mariquita”. Anne-Marie se resistió. Creo que le habría gustado que yo fuese una niña de verdad; ¡con qué alegría habría llenado de atenciones su triste infancia resucitada! El cielo no le concedió esa gracia pero ella se las arregló: yo tendría el sexo de los ángeles, indeterminado pero femenino en los bordes. Tierna como era, me enseñó la ternura; mi soledad hizo lo demás y me apartó de los juegos violentos. Un día –tenía siete años– mi abuelo no se aguantó más: me tomó de la mano y anunció que me iba a llevar a pasear. Pero, apenas doblamos la esquina, me llevó a la peluquería diciendo: “Vamos a darle una sorpresa a tu mamá”. Me encantaban las sorpresas. Todo el tiempo había sorpresas en nuestra casa. Misterios divertidos o virtuosos, regalos inesperados, revelaciones teatrales seguidas de abrazos y besos: tal era el tono de nuestra vida. Cuando me sacaron el apéndice, mi madre no le dijo nada a mi abuelo para ahorrarle las ansiedades que de todos modos no habría sentido. Mi tío Agustín dio la plata; regresando clandestinamente de Arcachon, nos ocultamos en una clínica de Courbevoie. Dos días después

de la operación, Agustín fue a ver a mi abuelo: “Vengo a darte una buena noticia”, le dijo. Karl interpretó mal la solemnidad afable de su voz: “¡Vas a volver a casarte!”. “No, respondió mi tío sonriendo, pero todo salió bien”. “¿Todo qué?”, etc., etc. En resumen, los efectos teatrales eran parte de mi rutina y yo veía con agrado cómo mis bucles rodaban por el lienzo blanco que me apretaba el cuello y caían al piso, inexplicablemente deslucidos; regresé ufano y pelado.

Hubo gritos pero no abrazos y mi madre se encerró en su cuarto a llorar; le habían cambiado a su niña por un muchacho. Peor aún: mientras mis bellos bucles ondeaban en mi cabeza, mi madre había podido negar la evidencia de mi fealdad. Ya entonces, sin embargo, mi ojo derecho se hundía en el crepúsculo. Tuvo que confesarse la verdad. Mi propio abuelo parecía cohibido; le habían confiado a su pequeña maravilla y él había vuelto con un sapo: era minar por la base sus futuras delicias. Mami lo miró divertida. Dijo simplemente: “Karl no está orgulloso; parece acoquinado”.

Anne-Marie tuvo la amabilidad de ocultarme la causa de su dolor. No la supe sino a los doce años, de manera brutal. Pero me sentía mal en mi pellejo. Los amigos de la familia me lanzaban miradas inquietas o perplejas, que yo sorprendía a menudo. Mi público era cada vez más difícil; tenía que prodigarme; forzaba mis efectos y me volví artificioso. Conocí las angustias de una actriz que envejece: aprendí que otros podían gustar. Dos recuerdos me han quedado, un poco posteriores pero impactantes.

Tenía nueve años, llovía; en el hotel de Noirétable estábamos diez niños, diez gatos en el mismo saco; para ocuparnos, mi abuelo consintió en escribir y montar una pieza patriótica con diez personajes. Bernard, el mayor de la banda, desempeñaba el papel del viejo Struthoff, un hombre brusco pero bueno. Yo era un joven alsaciano: mi padre había optado por Francia y yo pasaba la frontera, clandestinamente, para reunirme con él. Me habían dado réplicas valerosas: extendía el brazo derecho,ladeaba la cabeza y murmuraba, apoyando en el hombro mi mejilla de prelado: “Adiós, adiós, querida Alsacia”. En los ensayos se decía que estaba delicioso, lo que no me asombraba. La representación tuvo lugar en el jardín; el escenario estaba delimitado por dos cercos de arbustos y la pared del hotel; los padres estaban sentados en sillas de paja. Los niños se divertían como locos, menos yo. Convencido de que la suerte del drama estaba en mis manos, hacía todos los esfuerzos por gustar, por amor a la causa común; creía que todas las miradas estaban fijas en mí. Me excedí; los aplausos fueron para Bernard, menos artificial. ¿Comprendí? Al final de la representación, hubo una colecta. Me deslicé detrás de él y tiré de su barba, que me quedó en la mano. Era un desplante de *vedette* que pretendía hacer reír; me sentía encantador y daba saltos blandiendo mi trofeo. Nadie se rio. Mi madre me tomó de la mano y me alejó rápidamente. “¿Qué te pasó?, me preguntó afligida. Era una belleza de barba. Todos lanzaron un ‘¡Oh!’ de estupefacción”. Mi abuela se acercó con las últimas noticias: la madre de

Bernard había hablado de celos. “Ya ves lo que se gana con querer destacarse”. Me escapé, corrí a mi cuarto, me planté ante el espejo del armario y me puse a hacer muecas durante largo rato.

La señora Picard opinaba que un niño puede leer cualquier cosa: “Un libro nunca hace daño cuando está bien escrito”. En su presencia, alguna vez había pedido permiso para leer *Madame Bovary* y mi madre había dicho adoptando su tono más musical: “Pero si mi querido hijo lee ese tipo de libros a su edad, qué va a hacer cuando sea grande?” —“¡Los viviré!” Esta respuesta tuvo el éxito más notable y duradero. Cada vez que nos visitaba, la señora Picard aludía a ella y mi madre exclamaba, reprendiéndola pero halagada: “¡Blanca, cállate, que lo vas a malear!”. Yo quería y despreciaba a la vez a esa vieja pálida y rolliza, que constituía mi mejor público; cuando anunciaban su visita, me sentía un genio. Una vez soñé que se le había caído la falda y que le veía el trasero, lo que era una manera de rendir homenaje a su espiritualidad. En noviembre de 1915 me regaló un libro de cuero rojo y lomo dorado. Estábamos instalados en el gabinete de mi abuelo, ausente en ese momento; las mujeres hablaban con animación, en un tono más bajo que el año anterior, porque estábamos en guerra; una sucia niebla amarillenta se pegaba a las ventanas, olía a tabaco apagado. Abrí el libro y me sentí decepcionado: esperaba una novela, cuentos; en las hojas multicolores leí veinte veces el mismo cuestionario. “Llévalo, me dijo ella, y hazlo llenar por tus amiguitos: tendrás más tarde hermosos recuerdos”. Com-

prendí que se me ofrecía la oportunidad de ser maravilloso: quise contestar de inmediato; me senté en la silla de mi abuelo, puse el libro sobre la carpeta, tomé su pluma con mango de galalita, la hundí en el frasco de tinta roja y me puse a escribir mientras las mujeres cambiaban miradas divertidas. De un salto me puse arriba de mi alma para buscar “respuestas por encima de mi edad”. Desgraciadamente, el cuestionario no ayudaba; me preguntaban por mis gustos y disgustos: ¿cuál era mi color preferido, mi perfume favorito? Inventé sin mucho ánimo predilecciones, cuando de pronto se me presentó la ocasión de brillar: “¿Cuál es tu mayor deseo?” Respondí sin vacilar: “Ser un soldado y vengar a los muertos”. Demasiado excitado para poder continuar, salté al suelo y presenté mi obra a los mayores. Las miradas se aguzaron, la señora Picard se ajustó los anteojos, mi madre se inclinó sobre su hombro; una y otra adelantaban los labios con malicia. De pronto, las cabezas se levantaron a la vez: mi madre se había ruborizado, la señora Picard me devolvió el libro: “¿Sabes, querido? Sólo es interesante si se es sincero”. Creí morir. Mi error saltaba a la vista: pedían un niño prodigio y yo les había ofrecido un niño sublime. Para mi infortunio, estas damas no tenían ningún ser querido en el frente: lo sublime militar no tenía efecto en sus almas moderadas. Desaparecí, me fui a hacer muecas ante el espejo. Hoy, cuando recuerdo esas gesticulaciones, comprendo que aseguraban mi protección: me defendía de las descargas fulgurantes de la vergüenza con un bloqueo muscular. Además, llevando al

extremo mi desdicha, esas muecas me liberaban: me precipitaba en la humildad para esquivar la humillación, me privaba de los medios de gustar para olvidar que los había tenido y los había malgastado; el espejo me prestaba una gran ayuda: cumplía la tarea de mostrarme que yo era un monstruo; si lo lograba, mis agrios remordimientos se cambiarían en compasión. Pero, sobre todo, puesto que el fracaso había puesto de manifiesto mi servilismo, me hacía odioso para hacerlo imposible, para renegar de los hombres y para que ellos renegaran de mí. La Comedia del Mal se representaba contra la Comedia del Bien; Eliacín hacía el papel de Cuasimodo. Torciendo y arrugando el rostro, lo desfiguraba; me echaba vitriolo para borrar mis antiguas sonrisas.

El remedio era peor que la enfermedad: contra la gloria y el deshonor, había tratado de refugiarme en mi verdad solitaria; pero yo no tenía verdad: todo lo que encontraba en mí era una insipidez asombrada. Bajo mis ojos, una medusa chocaba contra el vidrio del acuario, doblaba blandamente el cuello, se deshacía en las tinieblas. Cayó la noche, nubes de tinta se diluyeron en el vidrio, sepultando mi última encarnación. Privado de coartada, me sumergí en mí mismo. En la tinieblas, adivinaba una vacilación indefinida, un roce, palpitaciones, toda una bestia viviente —la más terrible y la única que yo no podía temer. Huí, fui a buscar en la claridad mi papel de querubín marchito. En vano. El espejo me había enseñado lo que siempre había sabido: yo era horriblemente natural. Nunca me he recuperado.

Idolatrado por todos, rechazado también por todos, sin contar para nadie, a la edad de siete años tan sólo podía recurrir a mí mismo, que aún no existía, un palacio de cristal desierto donde el siglo naciente contemplaba su hastío. Vine al mundo para colmar la gran necesidad que tenía de mí mismo; hasta entonces no había conocido sino las vanidades de un perro faldero; empujado al orgullo, me convertí en el Orgullosa. Ya que nadie me reivindicaba *seriamente*, afirmé la pretensión de ser indispensable al Universo. Nada más soberbio, nada más tonto. En verdad, no tenía elección. Viajero clandestino, me había quedado dormido en el asiento y el revisor me había despertado, sacudiéndome. “Su boleto”. Debía reconocer que no lo tenía. Ni dinero para pagar en ese momento el precio del viaje. Comencé por reconocerme culpable: mis papeles de identidad los había dejado en casa, no recordaba siquiera cómo había burlado la vigilancia del guarda de estación, pero admitía que había subido fraudulentamente al vagón. Lejos de recusar la autoridad del revisor, proclamaba mi respeto por sus funciones y me sometía de antemano a su decisión. En este punto extremo de la humildad no podía salvarme sino invirtiendo la situación: revelaba entonces que mi viaje a Dijon obedecía a razones importantes y secretas, que interesaban a Francia y quizás a la humanidad. Mirando las cosas desde este nuevo punto de vista era imposible encontrar en todo el tren alguien que tuviera tanto derecho como yo a ocupar un asiento. Ciertamente, se trataba de una ley superior que contradecía el reglamento, pero si

el revisor optara por interrumpir mi viaje provocaría graves complicaciones cuyas consecuencias recaerían sobre él; le pedí que lo pensara bien: ¿era razonable condenar a la especie entera al desorden con el pretexto de mantener el orden en un tren? Ese es el orgullo: el alegato de los miserables. Los únicos que tienen derecho a ser modestos son los viajeros con boleto. Nunca sabía si llevaba las de ganar: el revisor guardaba silencio; yo recomenzaba mis explicaciones; mientras hablara estaba seguro que no me obligaría a bajar. Permanecíamos frente a frente, el uno mudo, el otro hablando sin parar, en ese tren que nos llevaba a Dijon. El tren, el revisor, el infractor, era yo. Y yo era también un cuarto personaje; éste, el organizador, no tenía sino un deseo: engañarse, aunque fuera por un minuto, olvidar que él lo había montado todo. La comedia familiar me sirvió: me llamaban *don del cielo*, era sólo una broma y yo no lo ignoraba; cebado con enternecimientos, yo era de lágrima fácil y corazón duro: quise convertirme en un regalo útil en búsqueda de sus destinatarios; ofrecí mi persona a Francia, al mundo. Los hombres me importaban un comino, pero, puesto que había que pasar por ellos, sus lágrimas de alegría me harían saber que el universo me acogía con reconocimiento. Se creará que era demasiada presunción; no: yo era huérfano de padre. Hijo de nadie, fui mi propia causa, el colmo del orgullo y el colmo de la miseria; había sido traído al mundo por el impulso que me llevaba hacia el bien. El encadenamiento de los hechos parece claro: feminizado por la ternura maternal, desazonado por la

ausencia del rudo Moisés que me había engendrado, infatuado por la adoración de mi abuelo, yo era un puro objeto, destinado por excelencia al masoquismo con sólo que hubiera podido creer en la comedia familiar. Pero no; ella no me agitaba sino en la superficie mientras que el fondo permanecía frío, injustificado; el sistema me horrorizó, odié los desmayos felices, el abandono, ese cuerpo acariciado en exceso, demasiado frotado, descubrí mi propio ser a través de la oposición a mí mismo, me arrojé en el orgullo y el sadismo, en otras palabras: en la generosidad. Ésta, como la avaricia o el racismo, no es más que un bálsamo secretado para curar nuestras llagas interiores y que termina por envenenarnos: para escapar al desamparo de la criatura, me preparaba la soledad burguesa más irremediable: la del creador. Este golpe de timón no debe ser confundido con una verdadera rebelión: uno se rebela contra un verdugo y yo sólo tenía benefactores. Durante largo tiempo fui su cómplice. Por lo demás, eran ellos quienes me habían bautizado *don de la Providencia*: lo único que yo hice fue emplear para otros fines los instrumentos de que disponía.

Todo ocurrió en mi cabeza; niño imaginario, me defendí con la imaginación. Cuando miro de nuevo mi vida, de seis a nueve años, me sorprende ante la continuidad de mis ejercicios espirituales. Cambiaron muchas veces de contenido pero el programa no varió; yo había hecho una falsa entrada, me retiré detrás de un biombo e inicié de nuevo mi nacimiento en el punto correcto, en el minuto mismo en que el universo me reclamaba silenciosamente.

Mis primeras historias no fueron más que la repetición de “El pájaro azul”, de “El gato con botas”, de los cuentos de Maurice Bouchor. Se contaban solas, detrás de mi frente, entre mis cejas enarcadas. Más tarde me atreví a retocarlas, a darme un papel en ellas. Cambiaron de naturaleza: no me gustaban las hadas, había demasiadas a mi alrededor, las hazañas las reemplazaron. Me volví un héroe; me despojé de mis encantos; ya no se trataba de gustar sino de imponerse. Abandoné a mi familia: Karlimami, Anne-Marie fueron excluidos de mis fantasías. Harto de gestos y actitudes, soñaba ahora con verdaderos actos. Inventé un universo difícil y mortal —el de Cri-Cri, de l’Epatant, de Paul d’Ivoi—. En lugar de la necesidad y del trabajo, que no conocía, busqué el peligro. Nunca estuve más lejos de cuestionar el orden establecido: convencido de vivir en el mejor de los mundos posibles, me impuse la tarea de limpiarlo de monstruos; policía y linchador, cada noche ofrecía en sacrificio una banda de malhechores. Jamás hice guerras preventivas ni expediciones punitivas; mataba sin placer ni cólera para rescatar de la muerte a hermosas doncellas. Estas frágiles criaturas me resultaban indispensables: me reclamaban. Por supuesto que no podían contar con mi ayuda, ya que que no me conocían. Pero las ponía en tan graves peligros que nadie que no fuera yo las habría salvado. Cuando los jenizaros blandían sus curvas cimitarras, un gemido recorría el desierto y las rocas le decían a la arena: “Aquí hace falta alguien: Sartre”. Al instante, yo apartaba el biombo, hacía rodar cabezas a sablazos, nacía en un

río de sangre. ¡Bendito acero! Yo estaba en mi elemento.

Yo nacía para morir: salvada, la muchacha se arrojaba en los brazos del margrave, su padre; yo me alejaba, otra vez debía ser superfluo o buscar nuevos criminales. Los encontraba. Campeón del orden establecido, había puesto mi razón de ser en un desorden perpetuo; aplastaba el Mal con mis manos, moría con su muerte y resucitaba con su resurrección; yo era un anarquista de derecha. Estas buenas violencias no se transparentaban. Seguía siendo servil y diligente: el hábito de la virtud no se pierde tan fácilmente; pero cada noche esperaba el término de la farsa cotidiana, corría a mi lecho, decía mis oraciones, me metía entre las cobijas; no tardaba en encontrar mi loca temeridad. En las tinieblas, me volvía un adulto solitario, sin padre ni madre, sin casa ni lugar, casi sin nombre. Caminaba sobre un tejado en llamas, cargando en mis brazos a una mujer desvanecida; debajo de mí, la multitud gritaba: era claro que el inmueble iba a desplomarse. En ese momento yo pronunciaba las palabras fatídicas: “*Continuará en el próximo número*”. —“¿Qué dices?”, preguntaba mi madre. Yo respondía prudentemente: “Me dejo en suspenso”. Y el hecho es que me dormía en medio de los peligros, en una deliciosa inseguridad. A la noche siguiente, fiel a la cita, encontraba mi tejado, las llamas, una muerte segura. De golpe, veía una canaleta en la que no había reparado la víspera. ¡Salvados, Dios mío! Pero ¿cómo agarrarse de la canaleta sin soltar mi preciosa carga? Felizmente, la muchacha recuperaba el sentido, yo la cargaba sobre mi espalda,

sus brazos rodeaban mi cuello. No; pensándolo mejor, la volvía a hundir en la inconsciencia: por poco que ella contribuyera a su salvación, mi mérito resultaría disminuido. Por suerte, había una cuerda a mis pies: ataba fuertemente a la víctima con su salvador, el resto no era más que un juego. Algunos Señores —el alcalde, el jefe de policía, el capitán de bomberos— me recibían en sus brazos, me besaban, me daban una medalla, yo perdía mi seguridad, no sabía qué hacer: los abrazos de estos altos personajes se parecían demasiado a los de mi abuelo. Borraba todo, empezaba de nuevo: era la noche, una joven pedía auxilio, me lanzaba a la brega... *Continuará en el próximo número*. Yo arriesgaba el pellejo por el momento sublime que transformaba a un ser fortuito en un transeúnte providencial, pero sentía que no sobreviviría a mi victoria y me alegraba aplazarla para la noche siguiente.

Puede parecer extraño encontrar estos sueños de grandes peligros en un muchacho destinado a la carrera de las letras; las inquietudes de la infancia son metafísicas; para calmarlas no es necesario derramar sangre. ¿He anhelado alguna vez ser un médico heroico y salvar a mis conciudadanos de la peste bubónica o del cólera? Nunca, lo confieso. Sin embargo, yo no era ni agresivo ni guerrero y no era mi culpa si el siglo naciente me había vuelto épico. Habiendo sido vencida, Francia estaba llena de héroes imaginarios cuyas hazañas curaban su amor propio. Ocho años antes de mi nacimiento, Cyrano de Bergerac había “estallado como una fanfarria con pantalones rojos”. Un

poco después, bastó que el Aguilucho, orgulloso y maltratado, apareciera para borrar la batalla de Fachoda. En 1912, yo ignoraba todo acerca de esos altos personajes pero estaba en contacto permanente con sus epígonos: adoraba al Cyrano del Hampa, Arsenio Lupin, sin saber que debía su fuerza hercúlea, su valentía astuta, su inteligencia tan francesa a nuestra derrota de 1870. La agresividad nacional y el espíritu revanchista convertían a todos los niños en vengadores. Me volví un vengador como todo el mundo: seducido por las bromas, por el penacho, esos defectos insoportables de los vencidos, ridiculizaba a los bandidos antes de romperles el lomo. Pero las guerras me aburrían, me gustaban los amables alemanes que visitaban nuestra casa y no me interesaban sino las injusticias privadas; en mi corazón carente de odio, las fuerzas colectivas se transformaron: yo las empleaba para alimentar mi heroísmo individual. No importa; estoy marcado; si en un siglo de hierro cometí el loco error de tomar la vida por una epopeya fue porque era un nieto de la derrota. Materialista convencido, hasta la hora de la muerte mi idealismo épico está llamado a compensar una afrenta que nunca me fue infligida, una vergüenza que nunca sufrí, la pérdida de dos provincias que nos fueron devueltas hace tiempo.

Los burgueses del siglo pasado nunca olvidaron su primera noche en el teatro y sus escritores se encargaron de narrar las circunstancias. Cuando se levantó el telón, los niños se creyeron en la corte. Los oros y púrpuras, las

luces, los afeites, el énfasis y los artificios ponían lo sagrado hasta en el crimen; en el escenario vieron resucitar a la nobleza que había sido asesinada por sus abuelos. En los intermedios, las divisiones en las galerías les ofrecían la imagen de la sociedad y sus jerarquías; en los palcos veían espaldas desnudas, nobles vivientes. Volvían a casa atónitos, ablandados, insidiosamente preparados para destinos ceremoniosos, para llegar a ser Jules Favre, Jules Ferry, Jules Grévy. Desafío a mis contemporáneos a que recuerden su primer encuentro con el cine. Entrábamos a ciegas en un siglo sin tradiciones que debía distinguirse de los demás por sus malas maneras, y el nuevo arte, el arte plebeyo, prefiguraba nuestra barbarie. Nacido en una cueva de ladrones, clasificado por la administración pública entre las diversiones de feria, el cine tenía unos modales populacheros que escandalizaban a las personas serias; era la entretención de las mujeres y los niños; mi madre y yo lo adorábamos, pero casi no pensábamos ni hablábamos de él: ¿caso se habla del pan que se tiene? Cuando advertimos su existencia, hacía tiempo que se había convertido en nuestra principal necesidad.

Los días de lluvia, Anne-Marie me preguntaba qué quería hacer, vacilábamos largamente entre el circo, el Châtelet, La Maison Electrique y el Musée Grévy; en el último momento, con una negligencia calculada, nos decidíamos por una sala de proyección. Mi abuelo aparecía en la puerta de su estudio cuando íbamos a salir, preguntaba: “¿Adónde vais, hijos?” —“Al cine”, decía mi madre. Él fruncía el ceño y ella agregaba rápidamente: “Al cine del Panteón, aquí al lado, basta

atravesar la calle Soufflot”. Él nos dejaba partir alzándose de hombros; el jueves siguiente le diría a Simonnot: “Usted que es un hombre serio, señor Simonnot, ¿entiende esto? Mi hija lleva a mi nieto al cine”. El señor Simonnot diría con voz conciliadora: “Yo nunca he ido, pero mi mujer va de vez en cuando”.

El espectáculo había comenzado. Seguíamos a la acomodadora tropezando aquí y allá, me sentía como si estuviera haciendo algo clandestino; por encima de nuestras cabezas, un haz de luz blanca atravesaba la sala, se veían danzar en él las motas de polvo, los hilos de humo; un piano gimoteaba, peras violetas fosforecían en las paredes, el olor acre de un desinfectante se me prendía de la garganta. El olor y las frutas de esa oscuridad viviente se confundían en mí: me comía las lámparas de auxilio, me llenaba con su gusto ácido. Mi espalda tocaba unas rodillas, mi asiento chirriaba, mi madre deslizaba una manta doblada bajo mis nalgas para ponerme más alto; al fin miraba la pantalla, descubría una tiza fluorescente, paisajes parpadeantes cruzados por ráfagas de lluvia; llovía siempre, incluso bajo un sol radiante, incluso dentro de los apartamentos; a veces un meteoro en llamas atravesaba el salón de una baronesa sin que ella pareciera asombrarse. Me gustaban esas marcas de lluvia, esa inquietud sin reposo que se reflejaba en la pared. El pianista atacaba la obertura de las *Grottes de Fingal* y todos comprendían que el criminal iba a aparecer: la baronesa estaba muerta de miedo. Pero su bello rostro tiznado cedía su lugar a un letrero malva: “Fin de la primera parte”. Era la desintoxicación repentina, la luz. ¿Dónde me encontraba?

¿En una escuela? ¿En una oficina? Ni el menor adorno: filas de asientos supletorios que dejaban ver sus resortes por debajo, muros pintados de color ocre, un piso repleto de colillas y de escupitajos. Un mar de rumores invadía la sala, se reinventaba el lenguaje, la acomodadora vendía a gritos bombones ingleses, mi madre me compraba algunos, yo me los llevaba a la boca, chupaba las lámparas de auxilio. La gente se frotaba los ojos, cada cual descubría a sus vecinos. Había soldados, mucamas del barrio; un viejo huesudo mascaba tabaco, unas obreras con la cabeza descubierta se reían muy fuerte: toda esta gente era ajena a nuestro mundo; felizmente, a trechos en esa galería de cabezas, se veían algunos grandes sombreros bamboleantes que nos tranquilizaban.

A mi difundo padre, a mi abuelo, habituales de los segundos palcos, la jerarquía social del teatro los había llevado a gustar del ceremonial: cuando muchos hombres están juntos, hay que separarlos por medio de ritos o se masacran. Pero el cine probaba lo contrario: más bien que por una fiesta, este público abigarrado parecía reunido por una catástrofe; muerta, la etiqueta desenmascaraba al fin el verdadero lazo entre los hombres, la adherencia. Me desagradaban las ceremonias, adoraba las multitudes; las he visto en las más variadas formas, pero nunca he vuelto a encontrar esa desnudez, esa presencia sin distancias de cada uno frente a todos, ese sueño despierto, esa conciencia oscura del peligro de ser hombre que conocí en 1940, en el Stalag XII D.

Mi madre se atrevió a llevarme a las salas del Bulevar: al Kinérama, a

las Folies Dramatiques, al Vaudeville, al Gaumont Palace, que se llamaba entonces el Hippodrome. Vi *Zigomar* y *Fantomas*, *Las hazañas de Maciste*, *Los misterios de Nueva York*: los dorados me estropeaban el placer. El Vaudeville, teatro venido a menos, no quería renunciar a su antigua grandeza: una cortina roja con borlas doradas cubría la pantalla hasta el último minuto; tres golpes anunciaban el comienzo de la función, la orquesta tocaba una obertura, el telón se levantaba, las lámparas se apagaban. Me irritaba ese ceremonial incongruente, esas pompas polvorientas que sólo tenían el efecto de alejar a los personajes. En la galería, en el gallinero, asombrados por la araña de luces, por las pinturas del techo, nuestros padres no podían ni querían creer que el teatro era algo que les pertenecía: los dejaban entrar. Yo, por mi parte, quería ver la película *lo más cerca posible*. En la incomodidad igualitaria de las salas de barrio aprendí que el cine era mío, como de todos. Teníamos la misma edad mental: yo tenía siete años y sabía leer, el nuevo arte tenía doce y todavía no hablaba. Decían que estaba en sus comienzos, que tenía muchos progresos por hacer. Yo pensaba que creceríamos juntos. Nunca he olvidado nuestra infancia común: cuando me ofrecen un confite, cuando una mujer, cerca de mí, se pinta las uñas, cuando en los baños de un hotel de provincia siento el olor de desinfectantes, cuando en un tren nocturno veo en el techo la lamparita violeta, encuentro en mis ojos, en mis narices, en mi lengua las luces y los perfumes de esas salas desaparecidas; hace cuatro años, navegando con mal

tiempo frente a las grutas de Fingal, escuché un piano en el viento.

Insensible a lo sagrado, yo adoraba la magia: el cine era una apariencia sospechosa que me atraía perversamente por lo que todavía le faltaba. Ese chorro de luz era todo, no era nada, era todo reducido a nada: yo asistía a los delirios de una pared; los sólidos habían sido despojados de una masa que me estorbaba hasta en mi cuerpo, y mi joven idealismo se regocijaba con esa contracción infinita; más tarde, las traslaciones y las rotaciones de los triángulos me recordaron el deslizamiento de las figuras en la pantalla, he amado el cine hasta en la geometría plana. Yo convertía el negro y el blanco en colores eminentes que resumían en sí a todos los otros y no los mostraban sino a los iniciados; me encantaba ver lo invisible. Sobre todo, me gustaba el incurable mutismo de mis héroes. O más bien no: no eran mudos porque sabían hacerse comprender. Nos comunicábamos por medio de la música, era el ruido de su vida interior. La inocencia perseguida hacía algo mejor que decir o mostrar su dolor: me impregnaba con esa melodía que salía de ella; yo leía las conversaciones, pero escuchaba la esperanza y la amargura, sorprendía con el oído el dolor hermano que no se declara. Yo estaba comprometido; *yo no era* esa joven viuda que lloraba en la pantalla y, sin embargo, ella y yo no teníamos sino una sola alma: la marcha fúnebre de Chopin; no se necesitaba más para que su llanto humedeciera mis ojos. Me sentía profeta sin poder predecir nada: antes de que el traidor hubiera traicionado, su crimen se me hacía presente;

cuando todo parecía tranquilo en el castillo, acordes siniestros denunciaban la presencia del asesino. Qué felices eran los cowboys, los mosqueteros, los policías: su porvenir estaba allí, en aquella música premonitoria, y ese porvenir gobernaba su presente. Una canción ininterrumpida se confundía con sus vidas, los llevaba hacia la victoria o hacia la muerte avanzando hacia su propio fin. Ellos eran esperados: por la joven en peligro, por el general, por el traidor oculto en el bosque, por el compañero amarrado cerca de un barril de pólvora que miraba tristemente cómo corría la llama a lo largo de la mecha. El avance de la llama, la lucha desesperada de la virgen contra su raptor, el galope del héroe en la estepa, el entrecruzamiento de todas esas imágenes, de todas esas celeridades y, en el fondo, el movimiento infernal de la “Carrera al abismo”, trozo orquestal extraído de *La Condenación de Fausto* y adaptado para piano, todo esto formaba una sola cosa: era el Destino. El héroe bajaba del caballo, apagaba la mecha, el traidor se arrojaba sobre él, se entablaba un duelo a cuchillo: pero los azares de este duelo formaban asimismo parte del desarrollo musical: eran falsos azares que disimulaban el orden universal. ¡Qué alegría cuando la última cuchillada coincidía con el último acorde! Me sentía pleno, había encontrado el mundo en que quería vivir, tocaba lo absoluto. ¡Qué disgusto, también, cuando las lámparas se encendían! Había estado embriagado de amor por esos personajes y se habían evaporado, llevándose su mundo; había sentido su victoria en mis huesos, sin embargo era la suya y no la mía; en la calle, me sentía superfluo.

Decidí perder el poder de la palabra y vivir en la música. Tenía la oportunidad de hacerlo todos los días hacia las cinco de la tarde. Mi abuelo daba clases en el Instituto de Lenguas Vivas; mi abuela leía a Gyp en su cuarto, mi madre me había dado la merienda, había preparado la cena y le había dado las últimas instrucciones a la criada; se sentaba al piano y tocaba las baladas de Chopin, una sonata de Schumann, las variaciones sinfónicas de Franck y a veces, a petición mía, la obertura de las *Grutas de Fingal*. Yo me escurría en el estudio; obscurecía ya, dos velas ardían sobre el piano. La penumbra me resultaba útil, tomaba la regla de mi abuelo, era mi tizona; empuñaba su cortapapel, era mi daga; me convertía al punto en la imagen chata de un mosquetero. A veces, la inspiración tardaba en llegar: para ganar tiempo, decidía que un asunto importante me obligaba a mantener secreta mi condición de gran espadachín. Debía recibir golpes sin devolverlos y poner a prueba mi coraje fingiendo cobardía. Daba vueltas en el cuarto con la mirada torva, la cabeza baja y arrastrando los pies; con sacudidas repentinas mostraba que me habían dado una bofetada o una patada en el trasero, pero me cuidaba de responder: anotaba el nombre de mi agresor. Tomada en dosis masivas, la música actuaba al fin. Como un tambor de vudú, el piano me imponía su ritmo. La Fantasía-Improptu reemplazaba mi alma, me habitaba, me confería un pasado desconocido, un porvenir fulgurante y mortal; estaba poseído, el demonio se había apoderado de mí y me sacudía como un ciruelo. ¡A caballo! Yo era la montura y el jinete; cabalgando y cabal-

gado, atravesaba colinas y valles, de la puerta a la ventana del estudio. “Estás haciendo mucho ruido, los vecinos se van a quejar”, decía mi madre sin parar de tocar. Yo no le respondía porque era mudo. Veo al duque, me bajo del caballo, le hago saber moviendo silenciosamente los labios que lo considero un bastardo. Lanza sus esbirros contra mí, los molinetes de mi tizona me protegen como un escudo de acero; de vez en cuando atravieso un pecho. De pronto, dando media vuelta, me convierto en el Rufián herido, caigo, muero sobre el tapete. Después, me separo secretamente del cadáver, me levanto, recupero mi papel de caballero errante. Yo daba vida a todos los personajes: como caballero, abofeteaba al duque; me daba vuelta: como duque, recibía la cachetada. Pero no encarnaba durante mucho tiempo a los malos, siempre estaba impaciente de volver al papel principal, a mí mismo. Invencible, triunfaba sobre todos. Pero, igual que en mis relatos nocturnos, aplazaba mi triunfo por temor a la postración que vendría después.

Protejo a una joven condesa contra el propio hermano del Rey. ¡Qué carnicería! Pero mi madre ha dado vuelta a la página; el allegro es reemplazado por un tierno adagio; rápidamente pongo término a la masacre, dirijo una sonrisa a mi protegida. Ella me ama, la música lo dice. Tal vez yo también la ame: un corazón enamorado y lento se instala en mí. ¿Qué se hace cuando se ama? La tomaba del brazo, la paseaba por el prado: eso no parecía suficiente. Convocados de prisa, los truhanes y los esbirros venían a librarme de esa situación embarazosa: se arrojaban

sobre nosotros, cien contra uno; yo despachaba noventa, los otros diez se llevaban a la condesa.

Es el momento de entrar en mis años sombríos: la mujer que me ama está cautiva, todos los policías del reino me persiguen; fuera de la ley, acosado, miserable, no me quedan sino mi conciencia y mi espada. Recorría el estudio con aire abatido, me llenaba con la tristeza apasionada de Chopin. A veces, hojeaba mi vida, me saltaba dos o tres años para asegurarme de que todo acabaría bien, se me devolverían mis títulos, mis tierras, una novia casi intacta, el Rey me pediría perdón. Pero al punto daba un salto hacia atrás en el tiempo, volvía a instalarme, dos o tres años antes, en la desgracia. Ese momento me encantaba: la ficción se confundía con la realidad; vagabundo desolado, en pos de justicia, yo era como un hermano del niño desocupado, embarazado consigo mismo, en busca de una razón de vivir, que deambulaba envuelto en música en el estudio de su abuelo. Sin dejar el papel, me aprovechaba de la semejanza para amalgamar nuestros destinos: tranquilo en cuanto a la victoria final, veía mis tribulaciones como el camino más seguro para llegar a ella; a través de mi abyección, avistaba la gloria futura que era su verdadera causa. La sonata de Schumann acababa de convencerme: yo era a la vez la criatura que desespera y el Dios que la salva desde el comienzo de los tiempos. ¡Qué alegría poder entregarse a la desolación! Tenía derecho a quejarme del universo entero. Cansado de los éxitos fáciles, saboreaba las delicias de la melancolía, el agrio placer del resentimiento. Objeto

de los cuidados más tiernos, ahíto, sin deseos, me precipitaba en una indignancia imaginaria: ocho años de felicidad tan sólo acabaron dándome el gusto por el martirio. Reemplazaba a mis jueces ordinarios, todos predispuestos en mi favor, por un tribunal hostil decidido a condenarme sin oírme: yo le arrancarí a una sentencia absolutoria, felicitaciones, una recompensa ejemplar. Había leído veinte veces, con emoción, la historia de Griselda; sin embargo, no me gustaba sufrir y mis primeros deseos fueron crueles: el defensor de tantas princesas no tenía escrúpulos para darle mentalmente unas cuantas nalgadas a su vecinita. Lo que me gustaba de este relato tan poco recomendable era el sadismo de la víctima y esa inflexible virtud que termina por poner de rodillas al marido verdugo. Era eso lo que yo quería: arrodillar a los magistrados a la fuerza, obligarlos a reverenciarme para castigarlos por su parcialidad. Pero cada vez aplazaba la absolución para el día siguiente: héroe siempre futuro, languidecía de deseo por una consagración que posponía continuamente.

Esta doble melancolía, sufrida y gozada, creo que traducía mi decepción: mis proezas, una tras otra, no eran más que un rosario de azares; cuando mi madre había tocado los últimos acordes de la Fantasía-Impromptu, yo recaía en el tiempo sin memoria de los niños privados de padre, de los caballeros errantes privados de huérfanos; héroe o escolar, haciendo y rehaciendo los mismos dictados, las mismas proezas, permanecía encerrado en la cárcel de la repetición. Sin embargo, el porvenir existía, el cine me lo había mostrado; yo

soñaba con tener un destino. Los enojos de Griselda terminaron cansándome: el aplazamiento indefinido del momento histórico de mi consagración no creaba un porvenir verdadero: no era más que un presente diferido.

Fue por entonces –1912 o 1913– cuando leí *Miguel Strogoff*. Lloré de alegría: ¡qué vida ejemplar! Para demostrar su valor, este oficial no tenía que esperar la buena disposición de los bandidos: una orden venida de arriba lo había sacado de la oscuridad, vivía para obedecerla y moría con su triunfo, porque esa gloria era una muerte: una vez vuelta la última página del libro, Miguel se encerraba vivo en un pequeño sarcófago de flancos dorados. Ni una sola inquietud: estaba justificado desde su primera aparición. Ni el menor azar: es verdad que se desplazaba continuamente, pero atendiendo importantes intereses; su coraje, la vigilancia del enemigo, la naturaleza del terreno, los medios de comunicación, otros veinte factores, todos dados de antemano, permitían marcar a cada instante su posición en el mapa. Ninguna repetición: como todo cambiaba, era preciso que él cambiara sin cesar; su porvenir lo iluminaba, se guiaba por una estrella. Tres meses más tarde volví a leer esta novela con la misma emoción; con todo y ello, yo no amaba a Miguel, lo encontraba demasiado bueno: era su destino lo que yo envidiaba. Adoraba en él, oculto, al cristiano que se me había impedido ser. El zar de todas las Rusias era Dios Padre; sacado de la nada por un decreto singular, encargado, como todas las criaturas, de una misión única y capital, Miguel atravesaba nuestro valle

de lágrimas desechando las tentaciones y superando los obstáculos, conocía el martirio, se beneficiaba de una ayuda sobrenatural,¹ glorificaba a su Creador y luego, al término de su tarea, entraba en la inmortalidad. Este libro fue como un veneno para mí: ¿había entonces elegidos? ¿Las más altas exigencias les trazaban su ruta? La santidad me repugnaba: en Miguel Strogoff me fascinó porque había tomado las apariencias del heroísmo.

Sin embargo, no cambié nada en mis pantomimas y la idea de misión quedó en el aire, un fantasma inconsistente que no llegaba a materializarse y del que no podía deshacerme. Por supuesto, mis comparsas, los reyes de Francia, estaban a mis órdenes y sólo esperaban un signo para darme las suyas. Yo no se las pedía. Si uno arriesga su vida por obediencia, ¿en qué queda la generosidad? Marcel Dunot, boxeador de puños de hierro, me sorprendía cada semana haciendo, graciosamente, más de lo que el deber le exigía; ciego, cubierto de heridas gloriosas, Miguel Strogoff apenas si podía decir que él había cumplido con el suyo. Admiraba su valentía, reprobaba su humildad: ese valiente no tenía más que el cielo por encima de su cabeza; ¿por qué la inclinaba ante el zar cuando era el zar quien debía besarle los pies? Pero, a menos que se rebajara, ¿de dónde iba a sacar el mandato de vivir? Esta contradicción me hundió en un profundo desconcierto. Algunas veces traté de desviar la dificultad: niño desconocido, oía hablar de una misión peligrosa; iba

a arrojarle a los pies del rey, le suplícaba que me la confiara. Él rehusaba: yo era demasiado joven, el asunto era demasiado grave. Me revelaba entonces, desafiaba y batía en duelo a todos sus capitanes. El soberano se rendía ante los hechos: “Ve pues, ya que así lo quieres”. Pero yo no me engañaba con mi estrategia y me daba cuenta de que era yo quien me había impuesto mi mandato. Además, todos esos marmarrachos me desagradaban: yo era un republicano y un regicida, mi abuelo me había prevenido contra los tiranos, ya se llamasen Luis XVI o Badinguet. Sobre todo, leía diariamente en *Le Matin* el folletín de Michel Zévaco: este ingenioso autor, bajo la influencia de Hugo, había inventado la novela republicana de capa y espada. Sus héroes representaban al pueblo; levantaban y destruían imperios, predecían desde el siglo XIV la Revolución Francesa, protegían por buen corazón a los reyes infantes o a los reyes locos contra sus ministros, abofeteaban a los reyes malos. El más grande de todos, Pardaillan, era mi maestro: cien veces, para imitarlo, plantado con soberbia en mis piernas de gallo, abofeteé a Enrique III y a Luis XIII. ¿Iba yo a ponerme a las órdenes de tales reyes después de eso? En un palabra, yo no podía ni extraer de mí el mandato imperativo que habría justificado mi presencia sobre la tierra ni reconocer a nadie el derecho de dármele. Reinicié con apatía mis cabalgadas, languidecí de aburrimiento en medio de las batallas; exterminador distraído, mártir indolente, continué siendo Griselda por falta de un zar, de un Dios o simplemente de un padre.

1 Salvado por el milagro de una lágrima.

Llevaba dos vidas, ambas mentirosas: públicamente, era un impostor: el famoso nieto del célebre Charles Schweitzer; en privado, me hundía en un enfado imaginario. Corregía mi falsa gloria con un falso incógnito. No tenía ninguna dificultad para pasar de un papel al otro: en el instante en que iba a lanzar mi ataque secreto, la llave giraba en la cerradura; las manos de mi madre, paralizadas de repente, se inmovilizaban sobre las teclas, yo volvía a poner la regla en la biblioteca e iba a arrojarme en los brazos de mi abuelo, le adelantaba el sillón, le llevaba sus zapatillas forradas, le hacía preguntas sobre su trabajo, llamando a sus alumnos por sus nombres. Cualquiera que fuera la profundidad de mis sueños, nunca estuve en peligro de perderme en ellos. Sin embargo, estaba amenazado: corría el riesgo de que mi verdad se redujera a la alternancia de mis mentiras.

Había otra verdad. En las terrazas del Luxemburgo, los niños jugaban. Me acercaba a ellos, me rozaban sin verme, yo los miraba con ojos de pobre: ¡qué fuertes eran y qué rápidos! ¡qué guapos! Ante estos héroes de carne y hueso yo perdía mi inteligencia prodigiosa, mi saber universal, mi musculatura atlética, mi habilidad de espadachín; me recostaba a un árbol, esperaba. A una orden del jefe de la banda, brutalmente lanzada: “Acércate, Pardaillan, vas a hacer de prisionero”, yo habría abandonado mis privilegios. Incluso un papel mudo me habría colmado; habría aceptado con entusiasmo hacer de herido sobre una camilla, hacer de muerto. No me dieron la oportunidad: había encontrado a mis

verdaderos jueces, mis contemporáneos, mis pares, y su indiferencia me condenaba. Con asombro, me descubría a mí mismo por ellos: ni maravilla ni medusa, un mequetrefe que no le interesaba a nadie. Mi madre no lograba ocultar su indignación: esa mujer alta y bella aceptaba mi baja estatura, la veía natural: los Schweitzer eran altos y los Sartre bajos, yo había salido a mi padre, eso era todo. A ella le gustaba que, a los ochos años, yo siguiera siendo portátil y de fácil manejo: mi formato reducido pasaba a sus ojos por una primera edad prolongada. Pero, viendo que ninguno me invitaba a jugar, llevaba el amor hasta adivinar que yo podía tomarme por un enano –lo que no soy del todo– y sufrir por ello. Para salvarme de la desesperación fingía impaciencia: “¿Qué estás esperando, bobo? Pregúntales si quieren jugar contigo”. Yo sacudía la cabeza: me habría avenido a las tareas más bajas, pero ponía mi orgullo en no solicitarlas. Ella señalaba a unas señoras que tejían en sillas metálicas: “¿Quieres que hable con sus mamás?” Yo le suplicaba que no fuera a hacer eso; ella me tomaba de la mano, nos poníamos en marcha, íbamos de árbol en árbol y de grupo en grupo, siempre implorantes, siempre excluidos. A la hora del crepúsculo yo volvía a mi altillo, a las cumbres donde sopla el espíritu, a mis sueños: me vengaba de mis mortificaciones con algunos comentarios infantiles y masacrando a un centener de guardias. De todos modos, las cosas no iban bien.

Me salvó mi abuelo. Me lanzó, sin proponérselo, a una nueva impostura que me cambió la vida.

